

# ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

AÑO I

Julio de 1933

N.º 10

Esta Revista publica las Conferencias mensuales  
— del Centro de Estudios Religiosos —

## INDICE

Editorial. — CORPUS CHRISTI, por D. Ricardo Cox Méndez .....	1
LA ESTETICA EN LA RELIGION, por D. Ramón Subercaseaux .....	3
FECHA PROBABLE DE LA CRUCIFIXION DE N. S. JESUCRISTO, por D. Ramón Salas Edwards .....	18
EL CONCEPTO DE LA REDENCION HUMANA, por el Pbro. don Aníbal Carvajal .....	23
LA IMPORTANCIA SOCIAL DE LAS ORDENES CONTEMPLATIVAS, por P. Valentín, O. Cap. .	26
UN ANGELITO VOLO AL CIELO, por O. H. .	30
EL DIVORCIO IDEAL, por Antonio Reyes Huerta. . .	34
NOTICIAS RELIGIOSAS .....	38



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60

Publicaciones del EDITORIAL ESTUDIOS

# El Alma de todo Apostolado

por D. J. B. CHAUTARD,  
Abad de Siete Fuentes de la Orden Cisterciense.  
Libro indispensable para todos los que quieren  
cooperar con eficiencia a la Acción Católica.

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 4.00  
          { en Provincias . . . . . \$ 4.40



# El Fin de los Tiempos

Predicciones acerca del fin del mundo,  
ATRIBUIDAS A SAN MALAQUIAS

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.60  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.80



# Sensacionales Revelaciones

Los Escritos póstumos de la Sierva de Dios, Madre María Rafols

PRECIO: { en Santiago . . . . . \$ 1.00  
          { en Provincias . . . . . \$ 1.10

Pídalo a su librero o directamente a

**EDITORIAL ESTUDIOS**

Ahumada 360 - SANTIAGO - Casilla 2081

Director: OTTO HANISCH

Revista mensual que publica las Conferencias  
— — del Centro de Estudios Religiosos.

Año I

Julio de 1933

Núm. 10

## Corpus Christi

Si los católicos de hoy día, en medio de las preocupaciones, pobreza y agitación en que viven, logran conservar su fe, guardar y encontrar su alma, y preservar una firme paz del corazón en medio de la inquietud y de la desilusión, es porque hace poco más de veinticinco años el Papa Pío X, de bendita memoria, hizo más fácil y amplio el camino del santuario y supo poner al mundo católico más cerca de su Dios Eucarístico.

La escuela de la Eucaristía ha realizado su obra; sus frutos aparecen en todas partes: sabiduría, lealtad para con Dios, confianza en su providencia, fortaleza del corazón. Para la actual generación de católicos, como para la primera, el Santísimo Sacramento aparece como la suma y sustancia de toda nuestra historia y pensamiento católicos, el centro y corazón de la vida espiritual, el "Árbol de la Vida" plantado en el "Jardín del Paraíso".

Así como Jesucristo en Nazarett llevó una vida oculta, y como en los primeros días de su carrera pública huyó a las montañas cuando querían hacerlo rey — porque su hora aún no había llegado — así, en los primeros días de la Iglesia, mientras su fe y amor encontraban un asilo en los corazones de sus seguidores católicos. El, el Salvador Eucarístico, no podía ser encontrado donde reinaba el esplendor pagano; porque, una vez más, su hora no había llegado. El se contentaba con algún humilde altar erigido en las estrechas encrucijadas de las catacumbas, y con la adoración oculta de los perseguidos católicos, que no se atrevían siquiera a hablar de su mensaje de amor por miedo de ser escuchados por los soldados de Roma.

Pero las cosas que yacen profundamente grabadas en el corazón humano tarde o temprano tienen una expresión pública. El Divino Salvador es sacado de las catacumbas y se le da glorioso hospedaje en mil templos de la Edad Media.

La Sagrada Hostia es aclamada en toda la Europa Católica, tal como lo fuera el Cristo mismo el domingo de Ramos, y se convierte en el Santo de los Santos.

De aquellas edades de fe en el Santísimo Sacramento, la Custodia mis-

ma es un adecuado símbolo. "Ahí está, en el centro, el cáliz de oro: a su alrededor, los emblemas del trigo y de las uvas. En todo su contorno está la aureola de los dorados rayos, que se extienden como lanzas de luz hacia el cielo y la tierra, el aire y el firmamento, recorriendo, por decirlo así, la creación entera, pero convergiendo todos hacia la Sagrada Hostia".

Como en la Custodia, Cristo es en el Universo, el centro de todo. Ha vencido la Muerte, por eso sale de la tierra; El es la promesa de la inmortalidad, por eso el cielo ha descendido hasta nosotros. El pide nuestro amor, nuestro homenaje, nuestros corazones; por eso, los que sufrimos aún entre las exigencias de la materia y las esperanzas del más allá, debemos ser sus tributarios. El permanece con nosotros; por consiguiente debemos honrarlo, debemos ser tributarios de todo cuanto la tierra contiene de puro y de hermoso.

Era muy fácil de dar el paso desde los gloriosos santuarios de oro y mármol contruidos para El por los genios de la arquitectura hasta la fiesta de **Corpus Christi** y el día de la Procesión Eucarística, y en nuestra generación, hasta el Congreso Eucarístico Internacional.

**Ricardo Cox Méndez.**

15 de Junio de 1933.



#### **A NUESTROS ESTIMADOS LECTORES:**

Circunstancias enteramente ajenas a nuestra voluntad motivaron el atraso de la publicación del presente número de nuestra revista, que hubiera correspondido al mes de Junio. Rogamos que nos perdonen este atraso. En pocos días más saldrá en circulación el N.º siguiente, (11). En adelante aparecerá "**Estudios**" con la debida puntualidad.

**LA DIRECCION.**

# La estética en la Religión

Conferencia dictada por Don Ramón Subercaseaux, en el Teatro Miraflores, bajo los auspicios del Centro de Estudios Religiosos, en Junio de 1933.

## 1.a Parte

Como quiera que la estética es ciencia que trata de lo bello en general, y de los sentimientos que éste hace nacer, trayéndola al campo de la religión, encontramos en ella un verdadero caudal de nociones, de esas nociones que ya hemos sentido antes de conocer y que hemos adoptado antes de analizar. La belleza es principalmente un atributo de Dios, y en esta virtud da por ella misma y sin necesidad de estímulos, fácil entrada en el alma del cristiano a sus dictados o a sus puros llamamientos.

Según Platón, existe como causa primaria la idea de lo bello, y nosotros somos movidos por una especie de reminiscencia de tal idea. El Arte es un esfuerzo que da forma sensible a esta realidad filosófica. La metafísica moderna, Kant en primer lugar, ve el sentimiento estético separado de toda consideración de objeto determinado o de utilidad cualquiera. Nosotros los católicos por nuestra parte reconocemos dentro de cualquiera teoría de lo bello, que una primordial aplicación de ella corresponde a quien la conciencia, eterna y espontáneamente señala como autor, centro y padre de toda belleza. Este es otra vez Dios.

Y si un fin divino no es perseguido en la mayor parte de las sollicitaciones de lo bello, en el hecho tienden siempre a lo alto las más importantes de ellas. Y el arte es para la admiración así como la ciencia es para la atención.

Me propongo recorrer y enumerar, sea en corto número y con sencillez, las bellezas que se desprenden de la religión cristiana y de sus prácticas nobilísimas; bellezas de todo orden que dan luz en el terreno del dogma, que brillan en el de la acción y que así guían en este camino de la

vida terrenal como atraen deslumbrando en el cielo de las esperanzas.

Reclamó para el tema, o más bien para quien intenta desarrollarlo, la misma benévola atención con que en parecida ocasión fué favorecido hace un año en este mismo recinto.

\*  
\* \* \*

¡Qué absurdo es, señores, ese concepto tan repetido contra el cristianismo, o más bien contra la Iglesia Católica, de que es severa, adusta y apocadora del espíritu!

Pues, comencemos por declarar con énfasis que es precisamente el cristianismo lo que ha dado confianza al espíritu humano y vuelo a las extensiones del alma. Su nacimiento, su doctrina, sus obras han seducido a las generaciones de veinte siglos, han cambiado la faz del mundo, han limpiado la historia, han corregido las costumbres y han iluminado a innumerables seres que sin él, como ciegos, como réprobos fatales, habrían sucumbido en la funesta obscuridad que parecía para ellos preparada.

La razón y principio de tales hechos patentes, son, digamos, algo como una composición de arte, como un vasto panorama en que tienen precisamente su sitio las cosas más hermosas de la creación: el cielo azul y sus nubes, las montañas, bosques y valles, los ríos y mares, con torres, palacios y jardines en los sitios adecuados. Y bien, no es menor la gran hermosura ideal que hiere la imaginación de quien considera la gran figuración, la fecunda vida del cristianismo, sus detalles y pormenores que son constituídos por las más puras virtudes y los arranques más felices en las páginas del género humano. ¿Y es aquí donde pudiera encontrarse justificado el cargo de adusto y de severo?

De una nación se dice que su historia es bella y variada, que sus hombres y sus ejemplos han enriquecido a los siglos pasados. ¿Qué decir del establecimiento de la nación cristiana, de la clara virtud de sus héroes, del brillo de sus ejemplos, de la armonía y dulzura de sus enseñanzas mezcladas, en cuadro encantador, con la suavidad y llaneza de su doctrina?

Por cierto, la humanidad, mirada hacia atrás en el camino andado, no ofrece ningún espectáculo ideal de más sólida belleza que esa marcha solemne, siempre continuada a pesar de los obstáculos, acompasada, imperturbable, incontenible, del pueblo que avanza hacia el destino de Dios. No viene tras de un problema humano, quiere alcanzar y ganar aquella promesa que no puede fallar.

Seducen y someten al espíritu curioso los misterios de la religión, porque son santos, grandes y nobles; y después porque son misterios.

La exactitud prosaica de la ciencia nada tiene que ver con los misterios. Los de la religión son adoptados fácilmente por la mente cristiana exenta de orgullo y vanidad, accesible a la comprensión de la verdadera filosofía.

El de la Santísima Trinidad es el más alto de todos. No lo entendemos, pero no es razón para rechazarlo. Es misterio revelado. Pero también es sentido y casi comprendido por el genio de algunos hombres. Hubo filósofos griegos que vislumbraron las luces de una Trinidad que concurría a formar una sola divinidad.

En todo caso, encontremos allí el primer y mayor anuncio de la gran belleza de Dios, aunque tal sea que ofusque la vista y confunda al entendimiento. El apóstol San Juan, a quien fué dado ver, con sus sentidos probablemente, al sólo verbo en la gloria, dice: "Su rostro brillaba como el sol en toda su fuerza, sus ojos eran dos llamas... en su mano tenía siete estrellas... de su escabel partían voces, rayos y relámpagos..."

Es la grandeza, la fuerza, la gloria. Y es visión que encierra un todo simbólico; por eso, y dentro de nuestra concepción estética tampoco la comprendemos sino a medias. En todo caso, queda allí afirmada la excelsa majestad y el poder avasallador de toda una Deidad infinita en sus atributos, y materialmente deslumbradora en su belleza.

Pero el misterio de la Trinidad perturba y humilla nuestra inteligencia. Es tan grande, tan elevado, que nos paraliza abrumándonos al mismo tiempo con su gloria. Es un misterio que hace temblar.

Cerremos un instante los ojos, buscando una analogía, y con la pura imaginación miremos hacia un punto céntrico del espacio, desde nuestro propio mundo que conocemos y que es la obra de Dios. ¿Qué es lo que vemos, bajo los pies o sobre la cabeza? Vemos la extensión sin límites del espacio. La mente, deseando encontrar un punto de partida, una base de apoyo en el procedimiento siquiera de la comparación, se encuentra detenida para calcular, porque nada, ninguna medida puede dar la relación de lo infinito. El espacio, rodeado en todo sentido por un más allá, escapa a nuestro pensamiento como el propio misterio que en este momento contemplamos.

Pero toda esa inmensidad está poblada, y se llama el firmamento. ¿Poblada por quién? Por millones de universos que parecen animados, que se mueven, que giran, ruedan y avanzan. Los volúmenes y las distancias son tales que los guarismos de los matemáticos quedan cortos y se ha debido inventar una nueva medida comprensiva y comprensible: el año - luz. Son ellos la obra y reflejo de la todopoderosa Trinidad y la llamamos también Creación. Juzguemos ahora a este ser soberano por la grandeza del universo que tenemos por delante, y que es su creatura- Y no tratemos de penetrar mucho más.

Esas perlas, pues, que describen círculos y elipses en el vacío inconmensurable son casi todas mil, un millón de veces to-

davía más grandes y pesadas que la tierra.  
¡Qué potencia, y qué belleza sublime!

El alma sobrecogida y como cegada se repliega en sí misma, y, a la emoción estética, a la admiración, sucede un sólo impulso, la adoración.

Después de tocar ideas como éstas, formadas en un esfuerzo de entendimiento ante el más impenetrable de los misterios.

Quería analizar y exaltar, siempre con pura intención estética, este otro gratisimo misterio, tan humano, de la Redención.

El comienza por el paso angelical de la Anunciación y por la obra de la Encarnación, y es el misterio que más de cerca nos toca y nos concierne. Punto de partida de nuestro rescate, entre en él a figurar en primer término la persona de la Virgen María.

Pero de golpe se encuentra uno en tal modo atraído por esta figura que, no tratándose de una metódica disertación filosófica, es de saber si no vale más que todo enderezarle desde luego toda nuestra contemplación, ya que Dios y la criatura se complacen en proclamar a la Virgen María, sede de todas las virtudes y méritos que conocemos y apreciamos. Sí, señores, aquí habría de sobra tema para seguir, sin más, ocupando todo el tiempo de mi conferencia; pero recordando siempre que el punto que ahora tocamos es el de la venida de Jesús al mundo, y reteniendo aquel repetido concepto litúrgico que dice: "Fajado de pañales el que lanza los rayos desde el cielo; encerrado en el seno de una mujer aquel que el universo no es capaz de contener..."

Lo cierto, sin embargo, es que la sublime a la vez que agraciada belleza de este misterio de la Encarnación es sustancialmente formada por el amplio concurso de la Virgen Madre del Salvador.

Ahora bien, en la vida entera de este ser privilegiado, y desde su primer indicio de existencia encontrado en la mente de los

profetas, hasta sus apariciones terrenales que culminaron el siglo pasado en Lourdes, todo es bello, todo es amable y admirable.

La casta reina de los ángeles, la mujer del dulce nombre fué prevista en la Escritura dentro de esas hermosas y frescas poesías, llenas de imágenes animadas, que el Espíritu Santo proponía a los profetas en aquel tiempo en que el artificio y la pedantería no habían sido inventados.

Llena está la liturgia de la iglesia de los hermosos cánticos inspirados por María; San Bernardo y otros le dedicaron su elocuencia y sus mejores letras, los artistas de toda época pusieron a sus pies las flores de su inventiva; pero nunca fueron superados aquellos precursores bíblicos movidos por el presentimiento de la Redención. "Eres bella y graciosa, o hija de Jerusalén, terrible como un ejército en batalla". "Virgen prudente, dónde vas como una aurora brillante de luz". "O hija de Sión eres llena de encanto, bella como la luna, pura como el sol".

Son entusiasmos que brotan del pecho de Israel; son suspiros y anhelos dirigidos al Mesías que de la gloriosa Virgen debía de nacer.

Pero prescindiendo de la exaltación que en el ánimo produce el amor y el culto de esta madre de los felices cristianos, digamos algo que nos penetre más aún del valor estético, inmaterial ahora, que unánimemente en ella reconocemos.

No voy a extenderme. Quiero sólo hacer notar la virtud que me parece dominante, y ésta es la modestia, la humildad, la virtud que, según los poetas, tiene el perfume de la violeta. Explicación no cabe. Sea bastante considerar la altura y excelencia de María, y luego saber por los Evangelios y la revelación que su pensamiento, su acción en la vida de la tierra y en el reinado del cielo no miraron nunca sino a la mayor glorificación del hijo del padre, prescindiendo, me atrevería a decir, de todo aquello que se debía a sí misma. Ahí, pero movida al mismo tiempo por todas las

santas solitudes de la mujer, de la madre. Ella está en guardia, vigilando, y siempre atenta; y es la paz, el amparo, la defensa. Se mira a sus labios cuando se espera el perdón.

La casa de Nazareth, pequeñita, pobre y retirada, es el asiento de la familia. Pero es morada más suntuosa que todos los palacios de la tierra, más santa que el templo de Salomón y mayor centro, ejemplo y enseñanza que todas las casas, escuelas y universidades reunidas. Las virtudes allí brotan de su propia fuente.

Quiero hacer recuerdo, sin embargo, de la grata armonía, de la quietud en la vida del trabajo, puestas en alto valor moral desde los días claros de Nazareth. María es, naturalmente, la reina del hogar; su esposo trabaja y Jesús es el oficial de la carpintería. Es la vida ejemplar dentro de la familia ejemplar.

Ahora, permítaseme contar una escena de Nazareth, tan bella como característica, que una vez nos tocó presenciar, aunque no en realidad... ni tampoco en sueños... La vimos en el cinema. Eran San José, con el hijo de María, que en su taller terminan una obra que les ha sido encargada, un ataúd de madera blanca. Jesús, rubio, esbelto, adolescente de dieciocho años, carga el cajón y sale en demanda de la casa mortuoria; atraviesa campos, sube laderas, penetra en bosques. Llega, y junto con los deudos toma a la niña envuelta ya en el sudario, y cuidadosamente la deposita y acomoda dentro del ataúd.

Pero la muerta se incorpora y resucita. Una virtud desconocida del aprendiz carpintero y de las tablas por él trabajadas la han vuelto a la vida.

Son los evangelios apócrifos los que han dado el tema para esta película, acaso la más tierna, la más artística que nos era tocado admirar.

Y así es la vida y existencia de la familia de Nazareth: caridad, paz, trabajo y modestia. Considérase otra vez que este hogar es el más santo de los templos, con residencia todavía del más augusto, sabio,

poderoso y rico de todos los seres. ¿No es verdad que resulta una belleza idílica, espiritual, incomparable, ante la cual palidecen muchas otras bellezas gloriosas más fácilmente recordadas por los hombres?

El tiempo pasa, la familia se descompone o se dispersa, la muerte la visita; pero la fe de Nazareth es la misma. A cumplir su inefable misión son llamados los moradores que constituyen la Sagrada Familia. Sus anhelos, sus propósitos, sus planes y vocaciones son iguales. La fe es una, y ella los guía.

También todos los católicos tenemos fe, ¿en qué? En que la fe es necesaria e indispensable en el hombre. El que no tiene convencimiento no puede tener fuerza ni coraje; el que lo posee, es decir, el hombre de fe, tiene poder hasta para transportar montañas. La América ha sido llamada un producto de la fe de Colón. El heroísmo de los mártires y el sacrificio de los soldados en el campo de batalla son arranques de fe. Y por eso también se dice que el amor, el patriotismo no son más que una rama, una aplicación de la fe.

Fuera de las persuaciones palabras y hechos del mismo Salvador que nos propusieron la excelencia y profunda hermosura de la fe, pensemos un instante y para mayor abundamiento, en la horrible fealdad de la negación de la fe, del ateísmo, antítesis de esta santa y noble virtud. Miramos el amargo disgusto, la desesperación del ateo que antes de morir quisiera pedir el dón de la fe, y que en castigo ya no puede obtener.

La fe es una palanca de oro, pero formidable, y que en manos firmes podría alzar al mundo hasta la altura de Dios, como podría, empuñándola un malvado, hacerlo rodar hasta el infierno. De ella y hablando de los mártires, dice San Ambrosio: "Esos son los héroes que sin armas, sin legiones, vencieron a los tiranos, domaron a los leones, quitaron al fuego su violencia y a la espada su afilada punta..."

Por fin, notemos que esta virtud preciosa es en el fondo la segunda base de la

paz cristiana por la cual encaramos nada menos que el problema de la inmortalidad: un día veremos a Dios. El nos permitirá reunirnos a los seres amados que en el girar de la vida hemos perdido.

La esperanza nos anima y nos acerca a ese fin deseado; y ¿qué es la esperanza sino que una hija de la fe?

Pero dentro de las enseñanzas del Apóstol es la caridad, el amor, la más bella e importante de las tres virtudes teologales que se nos proponen desde los días del catecismo, y quien no la posee debe ser comparado nada más que a un bronce sonoro. También la han celebrado los poetas y los artistas de todo orden y de todo tiempo. La caridad es eminentemente cristiana, y por eso ha sido llamada hija de Jesucristo. No ha habido ni hay religión que la quiera más completa y desinteresada, más pronta y más amplia que la religión cristiana. Si a alguien se quiere ponderar por sus méritos excepcionales, luego se dice: amada, amada de Dios. Y si se pide con instancia, si se quiere expresar algún anhelo justo y apremiante, ¿cómo decimos? Por caridad, por caridad!

La caridad se ha dicho, es el oasis de flores y frutos, el pozo abundante en medio de los arenales de esta vida.

Y si la propiedad que nos hace amar las cosas es lo que se llama belleza, ¿qué diremos ahora de los sacramentos, las obras más estimadas y más esenciales en la vida, en la actividad católica?

Todo es bello y venturoso en el primero de ellos, el bautismo. Lo anuncian las campanas de la parroquia, lo acompañan y celebran los amigos y los deudos; los rapazuelos del barrio corren a recibir las monedas de los padrinos, la madre se hace ella misma feliz sintiendo que ha dado una nueva alma para el cielo. Y el padre, ¿en qué piensa? Acaso más que en el porvenir y fortuna de la criatura, estimados con el criterio del mundo, en que ya tiene un eslabón nuevo la cadena de sus antepasados, los cuales dieron lustre al apellido a fuer-

za de continuidad en la fe, en la honradez y en el espíritu de trabajo.

Ahora, y dentro de mis conocimientos escasos de la ciencia teológica, veo en el sacramento de la penitencia una belleza moral extraordinaria, y ella consiste simplemente en el perdón de Dios; en el perdón de todo un Dios cuando los hombres, la sociedad no hacen ni pueden hacer otra cosa que condenar.

El mismo Voltaire, al cual es grato poder echar en cara de vez en cuando su propio testimonio, dice de la confesión: "es cosa excelente, un freno al crimen, inventado en la más lejana antigüedad. Nosotros hemos imitado y santificado esta sabia costumbre; es indicada para llamar al perdón a los corazones ulcerados por el odio?"

Y, para castigar otra vez la memoria de este famoso burlón de Voltaire, agregaré las palabras, todavía más decidoras, que después dedica al más santo de los sacramentos, a la eucaristía. "He ahí, dice, a los hombres recibiendo entre ellos a Dios en medio de una ceremonia augusta, a la luz de cien cirios, con música que encanta los sentidos, al pie de un altar donde brilla oro. La imaginación está subyugada, el alma enternecida; apenas se respira; uno se siente desligado de todo bien terrestre, porque está unido a Dios que se halla en nuestro cuerpo, en nuestra carne. Quien se atreverá ahora a cometer una sola falta, a concebir un mal pensamiento? No era posible, en realidad, imaginar un misterio que retuviera con más fuerza a los hombres en la virtud".

Hasta aquí Voltaire. Apartémonos ahora de su compañía y declaremos, sin retórica, pero con fuerza, que la eucaristía es el rey de los sacramentos. La eucaristía es más que el misterio y las promesas del arca de la Alianza con todo su alto significado. La eucaristía es la vida del cristiano y la prenda de su salvación. La eucaristía apaga, puesta en comparación, la hermosura y brillo espiritual de todas las virtudes y méritos imaginables. La eucaristía es

Dios, y, por consiguiente, lo bello en absoluto.

Véase, pues, si será dado disertar tranquilamente sobre la estética de este sacramento. Pero hagamos sentir un momento a nuestra imaginación el estímulo, el aguijón de nuestra propia fe... allí está el altar, concebido con todos los recursos del arte, con los primores y dorados que han impresionado al apóstol de la impiedad. Puesto que Jesús se ha situado sobre él, sin esfuerzo mayor, mirémosle como si allí estuviera en el propio país de Palestina. Ah, entonces nada más bello y de más palpitante interés en el campo de lo espiritual que el encadenamiento de sucesos que allí, sobre la mesa del altar, se desarrollan y se repiten. El poema entero de la Redención nos invita a asistir a todos y cada uno de sus cantos.

Tenemos por delante la gruta del pesebre y el campo de los pastores. Vean cómo se acercan los soldados de Herodes y sacrifican a los inocentes cuando ya ha huído a Egipto el niño misterioso.

Ahí está de nuevo la familia de Nazareth, que hemos visitado y la de Betania, donde se encuentran con Jesús los amigos y parientes. Oigan la predicación, escuchen las enseñanzas del sermón de la montaña, las parábolas del hijo pródigo y de los lirios del valle. Fijen ahora la atención y los sentidos del alma, porque ya comienza la Pasión, durante la cual precisamente es fundado este sacramento que se llama del altar. La crucifixión y la agonía traen el temblor de la tierra y las tinieblas del sol. Pero se sigue la resurrección y la aparición a Magdalena, a la mujer que derramó el perfume anunciando el bálsamo de la sepultura.

En verdad, señores, no se ha producido nunca, ni se producirá un cúmulo de bellezas iguales en el orden moral y sentimental. Ni los griegos Sófocles y Eurípides, ni Shakespeare, ni Calderón de la Barca ni Goethe, ni los grandes autores franceses, empuñando todos la tea ardiente de la tra-

gedia pudieron acercarse al Gólgota, recordado y restablecido en el Sacramento de la Eucaristía.

No va a ser necesariamente el elogio estético del matrimonio lo que vamos a decir ahora ante un auditorio donde se encuentran tantas parejas felices educadas, formadas y después unidas por la Iglesia Católica. Para nuestro fin bastará citar, confirmando la gran bondad y la gracia del sacramento, la elegancia de los conceptos que en él se repiten y que son en gran parte los mismos de que la Biblia se sirve cuando narra los tiernos lances que llenan el libro de Tobías. Esto por parte del Antiguo Testamento.

Pero Jesús mismo en su predicación quiere disertar especialmente y fijar leyes sobre el matrimonio, allegándole con esto una importancia especialísima.

En los tiempos modernos pocos ha habido, por cierto, que en menos palabras hayan conceptuado más hermosamente al matrimonio que el brillante y piadoso escritor francés Ozanam. "La mujer, dice, sacrifica su primera belleza, a veces su salud, y el poder de amar que no tiene más que una vez. El hombre, a su vez, sacrifica la libertad de su juventud, esos años incomparables que no volverán. En este sentido el matrimonio cristiano es un doble sacrificio. Son dos cálices, dos copas. En una se encuentra la virtud, el pudor, la inocencia; en la otra el amor intacto, la abnegación hacia la que es más débil que él, que ayer no conocía y con la cual hoy se encuentra feliz de pasar sus días. Ahora, que estas copas sean igualmente llenas, para que el cielo las bendiga".

Tampoco necesita la serena belleza del matrimonio ser realizada por el contraste del feo estado y de la falsa situación del divorcio, de la pareja del repudio que sustituye a la pareja del amor. El que se rebela contra la ley establecida por Dios lo hace, sin quererlo, digamos, para sembrar el desorden cuando no el odio en medio de las familias, para desnaturalizar los afectos.

tos y torcer los planes trazados por los propios padres. Y dice ya la experiencia que en las más de las veces el hombre o la mujer que no han hecho la felicidad de un primer consorcio menos lo harán en un segundo caso, a donde los habrá inducido talvez un capricho, una pasión descaminada.

He tenido el atrevimiento, señores, de comenzar mi discurso por la alabanza de la Santísima Trinidad, en cuanto son de admirar las bellezas que se desprenden de su infinita grandeza y poder. Quiero terminar esta primera parte de mi disertación, proponiendo las virtudes y gracias que en el cielo, en la Corte del Altísimo, adornan a sus ángeles que le acompañan y sirven, que llevan sus órdenes, y a él elevan el ruego de los mortales. Los ángeles son los ministros y funcionarios de la administración divina; sus jerarquías, sus campos de acción son tan vastos, tan nobles, tan brillantes, que propiamente llenan y colman el universo de la creación. Mirando el despliegue y el cruzar de sus vuelos, no me atrevo a tocar más que lo correspondiente a la potencia de una limitada criatura de la tierra. Ya ha habido teólogos y poetas que se han extendido en alabanzas y testimonios apropiados a esos maravillosos espíritus.

Intermediario entre Dios y el hombre, así considerado en la Escritura como en los evangelios y en los anales de la vida cristiana, el ángel con ser mero espíritu se halla encarnado en nuestra fe, y es elemento preferido en el caudal y tesoro de la estética celestial. Está viendo a un ángel, decimos nosotros, de un niño de tierna edad que sonríe al dormir. Como un querubín, decimos cuando queremos señalar la gracia y virtud al mismo tiempo que la blanda belleza de alguna criatura. Como un arcángel, si aún hemos de allegarle el atributo de fuerza, de voluntad, o de justa ira en momento de exaltación. Fué también un arcángel el encargado del mensaje y del diálogo que todos conocemos, grande y sencillo como ninguno: Ave María, gracia plena.

Ahora, si recurrimos a las similitudes que nos ofrecen nuestros sentidos e imaginaciones, impulsados por el ansia de la belleza, qué visión más arrebatadora en su pasmosa hermosura que la del mismo Dios, sentado en su trono apocalíptico, en un ambiente de luces y vapores mágicos, rodeado por el coro de serafines, querubines y demás espíritus angélicos que alzan sus voces y producen las músicas nunca esperadas, que el apóstol, un día arrebatado al séptimo cielo, declaró que no eran para contadas ni oídas por los hombres!

## 2.a Parte

Los primeros años, los primeros siglos del cristianismo, alejados de nosotros en la perspectiva de los tiempos, traen al ánimo los recuerdos más tiernos y los pensamientos más elevados que puede ofrecer la historia. Quiero hacer figuración de algunos de ellos dentro de otro paisaje, verdadero esta vez y animado; es la dilatada campiña romana vista en la antigua época de las persecuciones. Las colinas, entre las cuales serpentea el Tiber, ocultan apenas el palacio de los césares, rodeado que se encuentra de oscuros arbolados. También asoman las arquerías del Coliseo brillando con las últimas luces del sol poniente. Es la pintura de una tarde serena, llena de melancolía.

Al obscurecer avanza en grupos silenciosos los deudos y amigos de los mártires que fueron entregados a las fieras; buscan la entrada a los pasillos de las catacumbas. No van a ocultarse. Van a orar en la compañía espiritual de los caídos y sepultados, mientras a ellos les llega también su turno. Se está desarrollando uno de los más trascendentales dramas de la humanidad, el drama de la fuerza nueva, de la fuerza inmaterial e incontenible de la fe y del amor. El primer paso, el primer acto, ya sabemos que fué la fundación hecha en Jerusalén por el propio Jesús de Nazareth.

Inés, de noble familia y con sólo 14 años de edad, da su vida, y al verdugo que tí-

tubea le dice: corta sin temor! Cecilia, por su gracia y hermosura es la predilecta de la sociedad imperial; muere de la misma suerte. Felicitas es decapitada con sus siete hijos por insistir en la fe Cristo. Siguen niños, hombres y ancianos. No hay cobardías ni claudicaciones.

He ahí el verdadero cimiento romano sobre el cual se levantará el edificio que también romano, dura después de veinte siglos. De allí saldrán los guerreros y conquistadores del nuevo orden, que no derraman más sangre que la de ellos mismos. Es el edificio más imponente, más alto, más armonioso, más bello en todo sentido; es el palacio maravilloso de la religión cristiana; con él queda fijado el límite de los tiempos antiguos.

Hay historiadores que dividen en dos el mundo de la edad media: el mundo del Evangelio y el mundo del Corán. No se puede decir que estos mundos vivían en paz aunque las guerras entre ellos eran más locales que generales. En el hecho prevalecía el evangelio en Europa mientras el Corán se extendía desde la España sometida a los moros hasta las Indias orientales, con el norte de África, la Arabia y la Persia.

El empuje y la conciencia de los cristianos habían tenido tiempo de afirmarse en los diez siglos pasados durante los cuales la fe y la confianza se hicieron fuertes en sus corazones. Pero llegó un momento en que no pudieron sufrir que los infieles se mantuvieran amenazantes e insultantes. Los viajeros y peregrinos, que no eran los turistas del día de hoy, volvían cargados de penosos relatos de Jerusalén; los lugares santos eran profanados y los cristianos tratados como criminales. Entonces los papas de Roma levantaron la voz pidiendo socorro, y Pedro, el ermitaño, se movió predicando el armamento general y la guerra. En dos palabras: las cruzadas comenzaban.

Los críticos enemigos dicen hoy cuanto pueden por desnaturalizar o, digamos, denigrar el movimiento, allegándole su propio comentario que no es en el fondo otra cosa

que su rabia de ver a los cristianos llenando páginas maravillosas de la historia con hechos y móviles que ellos no aciertan a comprender en su verdadero significado. Nosotros digamos ahora y repitamos que después del andar de los mártires a los circos y anfiteatros, no hay nada más atrevido y noble que esta marcha a lo desconocido y a la muerte emprendida por los cruzados. Los incapaces de admirar esta página excelsa de la historia son los mismos que en todo el andar de la Edad Media no quieren admitir el curso providencial de los hechos que llevan y conducen al mundo desde la irrupción bárbarica hasta el nuevo florecimiento bajo la protección de la Iglesia, de las ciencias y de las artes.

¿No está de moda la consideración de las cruzadas o de la caballería andante? Pues, sepamos de una vez que la moda nunca fué muy relacionada con la estética y que de ella prescinde generalmente la verdadera belleza.

Ahí vienen hombres que desembarcan en todos los puertos; no pueden hacerse comprender, pero con los dedos significan la cruz, y quieren asociarse al ejército santo. Sin bagajes ni pertrechos, sin provisiones, al grito de Dios lo quiere!, parten con sus mujeres, con sus niños, que a la llegada frente a cualquiera ciudad preguntan: ¿es esa Jerusalén?

Después, en los campamentos se mezclan las lenguas, los gritos diversos y se empuñan armas de la más inusitada variedad. Pero el pensamiento es único y la fé la misma con que todos se mueven partiendo hacia la aventura más temeraria que registrarán los anales de la guerra.

El Califa de Jerusalén ofrece a los cruzados dejarlos entrar, pero sin armas; éstos rechazan indignados, pues quieren conquistar con su sangre la ciudad santa. Vino el asalto conducido por Godofredo y por Tancredo. La sangre subió hasta el pecho de los caballos en la mezquita de Omar, y sólo fué suspendida la acción para ir los guerreros, desarmados y pie descal-

zo, a postrarse ante el santo sepulcro ya conquistado.

El parangón de alta hermosura sicológica no se encuentra en ninguna parte cuando se mira el propósito en el alma de esas pobladas heroicas que corrían a la conquista o a la muerte. Todo por un ideal, no por ideologías; todo por su Dios, nada por poseer nuevos territorios y riquezas, nada por satisfacer rencores. Los poetas y los artistas se han saciado en esa cornucopia de hechos brillantes revueltos con sufrimientos penosísimos.

La caballerosidad, la nobleza, la hidalguía son virtudes ligadas todas al verdadero entendimiento de las cruzadas; nacieron del cristianismo en esos tiempos de vida romántica, de trovadores y caballeros con plumas. Lo que pudiera ser leyenda era entonces convertido en actos reales.

Así hubieron de formar en aquellos ejércitos las primeras compañías organizadas para la atención de los enfermos y de los heridos. Era una invención cristiana. Era la caballería militar y religiosa; sus hombres se llamaban hospitalarios y templarios. Se comprometían a defender la fe, y observaban costumbres monásticas con ayunos y oraciones en común. La orden de Malta y del Santo Sepulcro en Oriente, los Teutónicos en el norte, y luego los caballeros de Calatrava y de Santiago en España, fueron las congregaciones más importantes de este género. Algunas viven hasta nuestros días, bien que su destinación primitiva ha debido ser adaptada a las necesidades y usos modernos. Los nombres de Bismark y Hindenburg vienen de los caballeros teutónicos.

El sentimiento del honor, del que llamamos honor castellano, y que consiste en dar o recibir la muerte antes que aceptar una afrenta o consentir una mancha, hace notable como ejemplo el sitio y asalto de San Juan de Acre, en el tiempo de las cruzadas. Erase allí un convento de monjas del número de las nuevas órdenes religiosas. Cuando las pobres mujeres asediadas

por los musulmanes se vieron un día perdidas, ¿qué hicieron? Mutiláronse la cara, y así fueron encontradas por los asaltantes. Estos, horrorizados, se debieron contentar con matarlas a todas.

Y mientras la orden de Malta por el lado del Mediterráneo protegía a la navegación y servía de baluarte contra los turcos, en el norte los caballeros teutónicos contenían a las pobladas errantes del Báltico, evitando a la Europa un nuevo azote de los Hunos y demás feroces invasores.

Casi al mismo tiempo los caballeros de España arrebatában la plaza de Calatrava en Andalucía, de donde salió el nombre de la famosa orden. Mas los temibles moros se desquitaban un día y en un sangriento combate el rey de Castilla tuvo que presenciar la muerte de casi todos esos cristianos caballeros, con más los de Alcántara y Santiago, que junto a ellos combatían.

En Francia la caballería nos presenta entre otros a Bayardo y Dugueselín, cuyas proezas no son todas leyendas para niños. Y dignos émulos de ellos fueron los caballeros de Inglaterra, todos valientes, todos creyentes. Un día quiso aquel rey poner algunas restricciones a los combates singulares que se tornaban a veces en simples espectáculos militares o de elegante equitación. Replicáronle los caballeros: "Sir, tanto estimamos el honor de la Francia que si el mismo diablo saliera del infierno con un desafío en la mano, encontraría en el acto quien lo combatiera".

Y Juana de Arco, la más famosa de las guereras, que expulsa a los enemigos, que asalta fortificaciones y rinde ciudades, que entroniza al rey, y que entregada por traidores rinde su vida épica en una hoguera para revivir más tarde envuelta en la gloria perfecta de la santidad, ¿qué decir de ella?...

Son hechos fundamentales cristianos que parecen capítulos de novela romántica o fantasías wagnerianas. ¿No es verdad que todos esos héroes o heroínas enaltecen,

hermosean y engalanan la historia europea de más tres siglos?

Ya hemos hablado de la caridad, virtud insigne que en nombre de Cristo triunfa de los tiempos y de todos los enemigos. Allí está la caridad donde se halla cualquier sufrimiento, cualquiera miseria; todo lo vence con el arma que le es propia, con el amor. Fué en Roma, bajo los auspicios del Papa, donde se fundaron los primeros hospitales.

Y aquí, en el acto, aparecen otra vez las mujeres. Son ellas las primeras en abnegarse, en violentarse, en sufrir sin repugnancia ese muestrario de miserias humanas en que se convierte el desgraciado que llama a la portería del hospital. Las que nacieron niñas felices, abandonaron los regalos de la vida; renunciaron a la familia, a la juventud y belleza. Vencieron, movidas que iban por el amor piadoso. ¿A quién vencieron? Se vencieron ellas mismas. ¿Cuál es la paga? He tenido por delante un escritor que dice haber visto hombres moribundos incorporándose, y en un último esfuerzo cubrir de insultos a las angelicales mujeres que los servían. Todos hemos oído contar cosas parecidas. Las pobres hermanitas sufren... y perdonan por Dios. Están recompensadas.

Confesemos que esto ya no es simplemente bello; es sublime, y noble en extremo.

Pero los esfuerzos, los métodos, y también los frutos de la caridad cristiana son de tal variedad y de tan vastas proporciones que ya forman algo así como una enciclopedia de las necesidades y de los dolores de los hombres, con la asistencia y el alivio correspondiente a cada mal. Si recorremos el camino desde los caballeros hospitalarios, por ejemplo, hasta las congregaciones de San Vicente de Paul, y desde San Vicente de Paul hasta don Bosco, veremos innumerados los institutos y fundaciones de cristiano socorro. Son de toda época y de todo orden, y son de admirar las inventivas que en ellos se ha puesto.

Nos tocó una vez visitar la casa de asilo llamada de Don Cottolengo en Turín. En ella había más de 4,000 habitantes. ¿En qué sentido se les atendía? En todo sentido: una parte del establecimiento era hospital, otra manicomio, otra hospicio, otra retiro de viudas, otra refugio de huérfanos, de sordo-mudos, niños vagos, muchachas abandonadas. ¿Qué faltaba?... Nos pareció un milagro, y más al saber que la casa era un éxito en todo sentido. Años más tarde oímos en el Vaticano el proceso de canonización del fundador y rector, el sacerdote Cottolengo. El milagro quedaba explicado: compasión, amor, santidad.

Verdaderamente, emociona el recordar tales cosas; y no se encuentra palabras con qué alabarlas. Son obras bellas y perfectas en punto a moral; los que así no lo reconocen son dignos de lástima.

Y no es esto todo, señores, tenemos que admirar más y más. Esos ángeles de la caridad que tan sucintamente hemos mencionado, saben que van a sucumbir en la tarea. Casi todas las hermanas de hospital tienen que dejar la vida relativamente jóvenes. Desde que entran conocen que las espera un ambiente de dolor, una atmósfera de muerte.

Con todo esto no olvidemos a los hombres que inflamados por el mismo fuego de la caridad corren a buscar leproso en sus propios centros de pestilencia. Quedan olvidados en su propio país, y sólo después de muchos años se tiene noticia por un viajero o por un periódico que el Padre tal o la Madre cual sucumbió al contagio de sus enfermos, y que han visto su sepultura: una cruz clavada en el suelo.

Venimos ahora a tocar la figura de otros héroes dignos de alternar con los que dejamos mencionados. Son los misioneros, heraldos de Cristo, que parten alegres hacia los países fríos, donde el paganismo y la incredulidad han helado las almas o hacia las playas salvajes habitadas igualmente por salvajes. Van llenos de ambición; sus propósitos son de convertir pue-

blo enteros derribando los templos falsos, abriendo las conciencias a la luz de la verdad. Para ellos la recompensa es parecida a la que obtienen los que se sacrificaron por la caridad fraternal, pero con agravación. Los enfermos, no todos son mal agradecidos; pero los salvajes, los negros, cuando lo son de cuerpo y alma, matan, martirizan, queman. ¿Cuántos son los misioneros que vuelven a sus casas, a sus conventos?

Con el fin de prepararlos se ha fundado institutos, a la vez piadosos y científicos, para ambos sexos. También hemos visitado en Baviera una casa de religiosos capuchinos que especializa hoy a sus neófitos para misionar en el país más lejano del mundo, en la Araucanía de Chile.

Obra hermosa en todo sentido es también la formación y la actividad de las órdenes religiosas que viven de la savia de la Iglesia. La enseñanza estuvo por muchos siglos nada más que en manos de ellas, y hoy mismo en estos tiempos que se llaman de las luces, habría gente ruda y salvaje por todas partes si no fuera por el impulso educativo de los colegios religiosos. Es lo que en jerga libre-pensadora se llama oscurantismo. No voy a negar que ellos, los enemigos de la enseñanza cristiana igualmente enseñan ciencias, historias, leyes, deportes y muchas otras cosas; pero educar, no lo hacen y casi podría decirse que saben deseducar.

En cada curva de la historia aparece un nuevo hombre, una nueva institución eclesiástica. Apenas detenidos los bárbaros del norte de Europa aparece San Benito, que se pone a la cabeza de los monges de occidente. Piedad, estudio, trabajo, ese es el objeto y fin de la institución. Pero hay que ver hasta que punto los hijos de San Benito, es decir los benedictinos, se esfuerzan en transformar esas tierras, por aquel tiempo incultas, cubiertas de bosques y pantanos, en el continente más pulido y perfeccionado de la tierra, digno de la raza dominadora que ya en él se sustentaba. Esos

llanos y colinas sanos y fértiles que ahora nos deleitan, esos arbolados y praderas deliciosas no tomaron su aspecto sino después de haber sido descampados durante siglos por esos hombres que oraban levantando al cielo su manos curtidas por la herramienta y manchadas por el terrón del suelo. Allí están todavía como en el primer tiempo, unos dados a la contemplación, otros a la enseñanza, otros al arte o a las letras y todos al ministerio sacerdotal. Sabios han producido de todas las dominaciones; y pontífices sucesores de Pedro llevan contados más de veinte. Quisiéramos saber si fuera del cristianismo es posible encontrar institución parecida en que la calidad de belleza moral sea más ampliamente mostrada en todos sus variados contornos. Tema de no acabar nunca sería ahora el de presentar a los franciscanos, hijos del que ha sido llamado el Santo máximo, y a las demás órdenes, antiguas y modernas, todas ellas fuerza y defensa de la religión católica.

Pero dentro de los ejércitos existe siempre un cuerpo de preferencia que por su probado valor y disciplina infunde confianza, y que por consiguiente en el combate es objeto de los más recios ataques del enemigo. En los tercios de la Iglesia hay la compañía de Jesús. Sus armas son la palabra, la pluma, la oración y el libro, sus fuertes el templo y la escuela, su defensa el nombre de Dios y el lema su mayor gloria. El invencible cuerpo tiene conquistas hechas en todo el mundo; su estado mayor se ha situado en Roma frente al Vaticano y sus guarniciones ocupan hermosos cuarteles llamados colegios en las grandes capitales donde, cuando un gobierno las desaloja, otro gobierno los acoge.

No quiero hacer precisamente un elogio de los jesuitas, que en realidad no lo necesitan. Pero con el objeto de aquilatar una vez más el hondo mérito y la belleza espiritual e intelectual de la institución, voy a relatar unos pequeños hechos casi recientes que se pueden anteponer a las falsías y em-

bustes que, está escrito, deben siempre revoletear en torno de ella. Podría agregar que hechos de que hemos sido testigos casi presenciales.

Hace pocos años Mr. Monod, protestante, director general de la Asistencia Pública en Francia y escritor notable, hacía su último ataque a los jesuitas, basado en las relaciones del famoso libro de **Monita secreta**, o sea **Instrucciones Privadas** que fueron encontradas después en la mudanza de un colegio en Polonia. Era un documento repugnante, pero aplastador. Poco tiempo después, sin embargo, y siendo siempre Mr. Monod un hombre conocidamente honrado, lanzó otra publicación anunciando esta vez su amargura de haber cometido una injusticia, pues había descubierto la baja y criminal calumnia que con el título de **monita secreta** y en más de cien ediciones, repartidas por el mundo en todos los idiomas, fraguara un impostor polaco que por mala conducta había sido despedido de la Compañía.

Otro día, cuando las persecuciones del ministro Combes, visitábamos en Azpeitia al Padre Martín, general de los jesuitas,—“Que quiere, nos dijo en la conversación, así como nos expulsan, así volveremos. No les guardemos rencor, y en suma no nos hacen más mal a nosotros que a ellos mismos. Este primer año de destierro ha producido más de setecientas vocaciones francesas de magníficos jóvenes. Que almas nobles! Por otra parte, vea Ud. como suceden las cosas. Mme. Carnot, la distinguida esposa del Presidente de Francia, se confiesa con uno de nosotros; como estamos expulsados, viene ella al anochecer a una capilla que se mantiene aislada en una calle frente al Bon Marché. Ahora, para quién es la humillación pregunto yó”? Hasta aquí el Padre Martín. Pero por esos mismos días recibíamos en París visitas frecuentes de otro jesuita que se interesaba por un enfermo de la casa. La persecución masónica arreciaba, y el gobierno aplicaba con rigor las leyes de proscripción. ¿Cómo podía nuestro excelente amigo ir y venir así, pública-

mente, sin que nadie lo molestara? Por qué el Ministerio de Colonias lo reclamaba todos los días siendo el temible jesuita, antiguo misionero, el más autorizado explorador conocedor de Madagascar; el ministro Pichon no tomaba medida alguna sin consultarlo.

Y el último caso es el de los mariscales de Francia. Se sabe que seis fueron creados después de la gran guerra. Pues bien, cuatro, y entre ellos Foch, habían sido alumnos y formados por los jesuitas.

### TERCERA PARTE

La Liturgia Católica, señores, es un mar de bellezas de todo orden. Su ciclo de oraciones y alabanzas, de himnos y conmemoraciones, de lecciones y de ceremonias, asombra por su belleza, grandeza y variedad. Está siempre en movimiento; atrae, interesa y cautiva. Si hemos de juzgar estéticamente a la Liturgia, que es ciencia y arte a la vez, comencemos por declarar que lo esencial en ella es la propia Iglesia católica, prolongación del Cristo y por consiguiente parte inmediata de las hermosuras espirituales que se desprenden de un tan alto origen.

Pero entremos en el movimiento y recordemos ritualmente el primer tiempo aquel, llamado del Adviento, el acontecimiento, en el cual, dando por terminada la antigua ley, la Iglesia propone un recogimiento de preparación, que será seguido por el regocijo de la nueva vida que es la Redención. “Venid, no tardéis más” exclamaba en los oficios dirigiéndose al mesías esperado desde los tiempos primeros.

En el tercer domingo como un nuevo aliento suelta la voz de los órganos y el repique de las campanas. Porque en la divina liturgia todo es adaptación de verdad al mismo tiempo que expresión de poesía.

Ahora hemos entrado en los días de Navidad y hemos hincado la rodilla ante el niño encantador. Lo hemos visto en una cuna humilde, dentro de una gruta, y cuando todavía no se perdían los ecos del canto

de los pastores ni los olores del incienso y mirra que traían los reyes del oriente. En el oficio correspondiente uno de los introitos dice: "Mientras el mundo entero estaba sumido en el silencio, y la noche iba por el medio de su curso, vuestro Verbo todo-poderoso, o Señor, bajaba de su trono real del cielo".

Y desde entonces los ritos de Navidad ganaron los hogares y entraron en todos los corazones cristianos. El ingenio de los niños año por año inventa si no nuevos himnos y villancicos, nuevas luces y globos multicolores, cascadas de miniatura, volcanes, vapores y trenes despidiendo humos de algodón, pájaros y peces de toda condición. Hasta aeroplanos hemos visto en un nacimiento. Es que la imaginación infantil ve claro; ve la universalidad de tiempos y lugares, atributo indispensable del cristianismo. Y es esa la liturgia de los niños, que con esos signos de simpatía y contento hacen la comprensión del misterio que más tarde no se ha de borrar de sus ánimos.

Viene en seguida el tiempo de Cuaresma y de Pasión recordando los tres años del ministerio público de Jesús. Otra vez, cuántas bellezas morales acumuladas sobre los trágicos dolores y cuantos sucesos felices en medio de los trastornos más profundos que afectaron a la humanidad!

La Liturgia tiene su sitio dedicado a cada uno de estos recuerdos; dispone para ellos letra y música adecuadas, y ordena las ceremonias requeridas. Con un discernimiento claro nos lleva al Tabor, donde Jesús es transfigurado y en medio de la luz del cielo se muestra acompañado de Moisés y Elías. En Betania resucita Lázaro. La cena, el huerto de los olivos, la Crucifixión con sus crueles detalles, todos hechos santos o pasos dolorosos, son propuestos uno tras otro elevando nuestra comprensión y pasando al límite donde comienza otra emoción, otra belleza, la belleza de lo sobrenatural.

El jueves santo despoja los altares y acalla las campanas. Y una honda tristeza rei-

na en el templo desolado. Pero viene la Resurrección.

La Resurrección de Jesús es el punto culminante de la vida de la Iglesia en el ciclo movido por la Liturgia; según Bossuet, es el acontecimiento central de toda la historia. En la estética propiamente dicha, el triunfo de Jesús, vencedor de la muerte es también el paso brillante y glorioso entre todos; y por consiguiente el más hermoso en la vida terrena del Dios omnipotente revestido de ser humano. El misterio de la resurrección es llamado por eso La Solemnidad de las Solemnidades.

Y antes de comenzar su nuevo giro, la liturgia nos propone la fiesta de la Inmaculada Concepción, día de la Pureza; bella entre todas, festoneada por los velos de las primeras comuniones, y después retenida en el afecto como en el olor de los nardos que en ese día pueblan los altares, esta grata celebración que familiarmente llamamos de la Purísima, es la aurora del sol de Navidad; y todo después se repite como en el año anterior.

Señores, hay y ha habido muchas religiones. Una parte de ellas no merece siquiera un serio examen de sus dogmas si los tiene. Pero en ninguna se encuentra una serie de bellezas, aunque sean de mera imaginación o poesía, comparable a todo esto que he enumerado. Y nótese que cuando se dice belleza hablando de los procedimientos litúrgicos de la Iglesia, se dice así de una cualidad casi siempre fundamental y metafísica que sólo nuestra deficiencia nos obliga a comparar y comentar como si fuera un producto de naturaleza o del ingenio artístico del hombre. Estas bellezas que la Iglesia somete a nuestro entendimiento y propone a los sentidos del alma, no pertenecen al arte de plasmar; son de orden sobrenatural, filosóficamente superiores a todas las que nosotros hemos conocido, sentido y admirado.

Y no puede ser sino muy incompleta mi disertación desde el punto de vista de las hermosuras que encierra la liturgia, sino menciono las oraciones y oficios fúnebres

que dice y canta la Iglesia ante sus hijos que hacen el tránsito del alma. Son el arranque de mayor ternura en la poesía litúrgica. Allí vienen intercalados fragmentos de salmos, versículos, secuencias o himnos enteros de tal sentimiento y de tan penetrante compasión que no pueden casi ser escuchados sin lágrimas en los ojos.

Pero no he nombrado todavía al más importante, al más expresivo, al más genuino exponente de toda liturgia, y del variado culto de la Iglesia Universal: el sacrificio de la misa. ¿Han advertido, señores, como los que habitan al pie de las altas montañas, al pie de las cordilleras por ejemplo, no las admiran cuanto es justo por el solo hecho de nacer y vivir en su inmediata vecindad? Es el caso de un buen número de católicos ante la celebración de la misa que todos los días se les pone por delante.

A riesgo de que mi conferencia (que ya va a terminar), tome semejanza de sermón, pero tratando siempre de abreviar mi concepto, voy a decir el de un gran Santo, que, estoy seguro, ha de impresionar a quienes me escuchan: "Sábete, o cristiano, que más se merece oyendo devotamente una misa que con distribuir a los pobres todo el propio haber y con recorrer peregrinando toda la tierra".

Es dicho de San Bernardo que confirma el de muchos doctores y teólogos que fácilmente podrían ser citados.

Quisiera recordar también las frases de uno de los grandes escritores profanos del siglo pasado, en más de uno de mis temas me ha guiado con su dicción y genio brillantísimos. Es Chateaubriand que después de admirar al introito de la misa, que llama "verdadero poema lírico", dice:

"Desde este momento el sacerdote es poseído del fuego divino y entona el cántico de los ángeles en la cuna del Salvador, te alabamos, Señor, te bendicimos en tu gloria inmensa, o rey del cielo. Al cántico sucede la epístola, Juan hace oír palabras llenas de dulzura y Pablo, insultando a la muerte, descubre los misterios de Dios. Pronto a

leer el Evangelio se detiene el sacerdote y suplica al Eterno que purifique sus labios con el carbón ardiente con que tocó los labios del profeta Isaías. Ahora las palabras de Jesús dominan la asamblea: el juicio de la mujer adúltera, el samaritano que vierte el bálsamo en las llagas del viajero, los niños bendecidos en su inocencia. Qué hacer después de tales palabras sino declarar la firme creencia en un Dios que tales ejemplos dejó en la tierra. Se canta pues en triunfo el símbolo de la fe."

Hasta aquí Chateaubriand; no lo sigo por falta de tiempo, en su paráfrasis de la misa entera. Por su parte San Francisco de Sales llama sencillamente a la misa el sol de los sacrificios.

Y con estos variados comentadores que pongo a mi lado, termino mi elogio, trayendo la recordación de las dos últimas y gloriosas apoteosis efectuadas en San Pedro de Roma, las de Santa Teresita del Niño de Jesús y la del beato Don Bosco. Ambas reúnen las más conspicuas manifestaciones de nuestra liturgia y las encuadran dentro del arte más glorioso que imaginarse puede. Y ambas, en suma, no son más que misas.

La Basílica se encuentra llena de gente; la luz suave que la ilumina baja de las 800 arañas de cristal pendientes de las bóvedas y arcos interiores. Hay acompañando a Teresita cerca de 20.000 franceses que, impacientes, ocupan el tiempo, mientras aparece el Santo Padre, en mandar al espacio sus coros de voces entusiastas. La entrada del Padre, encumbrado en silla gestatoria, anunciada por las trompetas de plata como en tiempo de la antigua ley, es saludada por un murmullo que corre como onda y se convierte en ovación prolongada que avanza entornando al séquito pontificio. Las bóvedas hacen eco, y el sonido perdura porque las aclamaciones no cesan.

El altar mayor es una gloria de luces que destellan sobre las estatuas del Bernini y los candeleros de Benvenuto Cellini. En el centro la fresca figura de Teresita. Es el sitio que otro día corresponderá a Don Bos-

co. Y en medio del coro, cuarenta cardenales rodean al que oficia de Sumo Pontífice, los cuales a su vez están rodeados de 300 obispos venidos de todas partes. Los santos como éstos son propiamente universales.

Comienzan las preces del caso y se da principio a la misa, que se desenvuelve dentro de un rito especial. Don Perosi dirige los coros encastillados ahora al pie de un órgano que, montado sobre ruedas invisibles, puede ser llevado a diferentes sitios del templo. El espectáculo es más grandioso que cualquier otro sobre la tierra. Si lo que se mira bajo la cúpula de Miguel Angel es soberanamente hermoso, lo que se ve místicamente y con los ojos del alma es la alegría del cielo, de los ángeles y del mismo Dios ante la consagración y rendido homenaje que la fiel Iglesia tributa a los nuevos santos.

En un cierto momento, y cuando precisamente en el oficio se aludía a las rosas que amaba Teresita, una lluvia de pétalos cae de los alto y cerca de un costado del altar. Como no se ve ningún punto del artesonado donde se pudiera haber puesto tales flores, todas las miradas se mueven buscando una

explicación. Un embajador poniéndose pálido, cerca de nosotros, dice: estamos presenciando un milagro?...

Las cantatas han agotado a Palestrina y Victoria; la asombrosa ceremonia ha durado cerca de cinco horas, pero nadie está cansado: los vítores al Santo Padre han sonado tan robustos a la salida como a su entrada en la Basilica. Es fenómeno conocido en Roma: estando la gente en presencia o compañía del Papa nadie se impacienta.

Pero, repitámoslo, en el fondo de la ceremonia no ha sido más que la ampliación de una sola misa, de una misa verdaderamente pontifical. El arte ha acumulado todos sus recursos secundando maravillosamente a los ritos litúrgicos. Y la ciencia de la belleza ha dado su nota alta; ha juntado, en el día de la declaración anhelada, dentro del escenario deslumbrador de San Pedro, una visión espléndida con la más tierna y noble de las emociones piadosas.

Los 60.000 asistentes al retirarse están sintiendo algo como un nuevo lazo misterioso que levanta sus corazones hacia el cielo, residencia del Altísimo, del cual emana toda belleza.

**GUILLERMO CELEDON O.**

*ABOGADO*

*Huérfanos 1276 - Telef. 83713 - Casilla 1501*



# Fecha probable de la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo

## Primer Viernes, 7 de Abril del año 30

Por Don Ramón Salas Edwards

La fecha de la crucifixión no es la edad con que Nuestro Señor murió, porque cuando el monje Dionisio el Exiguo, el año 527, comenzó a usar el nacimiento de Cristo como época para contar las fechas, usó que sólo cuatro siglos más tarde fué general en Europa, calculó equivocadamente los años que hasta entonces habían transcurrido.

Todavía no es posible precisarlos, pero parece que se debería agregar entre 3 y 7 años a la fecha de la crucifixión, para tener la edad con que Jesús murió. (Howlett O. S. B.-Chronology-The Catholic Enciclopedia, vol III, pág. 735).

En función de tres ciclos cronológicos diferentes se puede considerar la fecha de la crucifixión.

En primer lugar el día de la semana no es discutido: fué un Viernes.

Acaeció en los días del plenilunio del mes lunar en que comienza la primavera, o bien el día 15 de Nisán que sigue a la cena pasqual de la antigua ley, o el día 14 de esa luna.

Finalmente padeció Nuestro Señor bajo el poder de Poncio Pilatos y después del precursor San Juan Bautista que comenzó su predicación el año 15 de Tiberio, como lo refiere San Lucas. (III, I).

Presentar en un cuadro numérico los datos astronómicos que permiten discutir las fechas que satisfacen estas tres condiciones es el objeto formal de este artículo.

Antes de exponerlo conviene que aunque los cálculos astronómicos y matemáticos tienen un valor científico, las premisas que combina están formadas de los evangelios, para intepretar los cuales no está capacitado el autor, que con filial reverencia se somete al juicio de la Iglesia.

### CALENDARIO DE LOS JUDIOS

El año de los judíos en tiempos de Jesucristo estaba formado por meses lunares que

comenzaban cuando era realmente visible el delgado creciente de la luna nueva y terminaban cuando era vista la luna siguientes. No contaban pues los meses de un número fijo de días, su duración dependía de las circunstancias favorables o adversas a estas observaciones. También empíricamente se determinaba de cuantos meses debía contar el año para que la Pascua, no cayera antes del equinoccio. (Ginzel - "Mathematische und technische Chronologie", vol. II, pág. 67).

El tratado de Año Nuevo del Tamud es una casuística de los siguientes procedimientos y ceremonias que fueron usuales hasta que los romanos los prohibieron. (Rodkinson, "The Babylonian Talmud", val. IV, Rosh Hashanna).

Al acercarse la primavera, un consejo religioso debía oír y examinar antes de que obscureciera, las informaciones de testigos que a la puesta del sol habían visto la luna nueva y declararla consagrada.

Se prolongaba el mes anterior cuando la luna era dudosa o si convenía evitar que cayendo en Viernes o Domingo el día 1.º de Nisán, hubiera con el Sábado, dos días de fiesta consecutivos, difíciles de observar. Cuando se había de esperar para que la primera luna llena del año se verificara en primavera y madurarán los frutos que debían ser ofrecidos al Señor, era el sanhedrin el que podía prolongar el año, agregándole un mes.

Los israelistas que querían ponerse a cubierto de toda trasgresión observaban dos días de fiesta, defendiendo la ley con un cerco, cuando dudaban de si la luna nueva habría alcanzado a ser descubierta.

En el actual calendario hebreo sobrevive la duplicación de las fiestas y se evita sistemáticamente que el 15 de Nisán sea Viernes o Domingo.

## VISIBILIDAD DE LA LUNA NUEVA

La observación de la luna nueva y el comienzo del mes de Nisán se verificaban con un atraso notable, pero imposible de precisar, respecto de la exacta realización astronómica del novilunio.

Según las observaciones de Schmidt en Grecia **Ginzel**, vol. I, pág. 93, n. 2) y estudios de las tablas cronológicas de Babilonia, la edad media de la luna nueva observable en Jerusalem al comenzar la primavera sería 1,30 días aproximadamente; con esta edad se puede aceptar que el creciente será descubierto en la mitad de los casos y en la otra mitad no alcanzará a ser percibido.

Cabe suponer por consiguiente que si la luna nueva a la hora de la puesta del sol tiene 1,80 días de edad, es máxima la probabilidad de descubrirla ese día, pues en esta hipótesis habría prácticamente igual improbabilidad de haber descubierto el día anterior cuando sólo tenía 0,80 de día y que pasara desapercibida, ya que 0,80 y 1,80 difieren igualmente de 1,30.

Si hubiera de indicarse un intervalo estricto de las edades con que es más probable que la luna sea descubierta en un día dado, sería de 1,30 a 2,30; pero para incluir casos probables exteriores a estos límites y cubrir la interpretación incierta de la referencia indicada, conviene ensancharlos simétricamente hasta abarcar un número doble de casos, aceptando en suma que es probable que la luna sea descubierta si su edad a la puesta del sol, está entre 0,80 y 2,80 días.

## OPINIONES SOBRE EL DIA DE NISAN EN QUE FUE LA CRUCIFIXION

No cabe aquí sino enunciar muy sumariamente la cuestión y las opiniones principales de los comentaristas católicos.

San Mateo, San Marcos y San Lucas nos dicen que cuando llegó el día en que debía ser inmolada la Pascua, Jesús dispuso que se hicieran los preparativos para comerla y que llegada la hora, fué a la mesa con los

apóstoles. San Juan nos dice que el día de la crucifixión, los judíos no entraron al pretorio para no mancharse y poder comer la Pascua y que Pilatos condenó a Jesús el día de preparación de la Pascua.

Las tres opiniones siguientes enuncia el P. Durand, S. J. (**Durand**, Saint Jean, pág. 563).

1.a Crucifixión el 15 de Nisán. Nuestro Señor habría instituido la Eucaristía después de haber consumido el cordero pascual en el día y a la hora legal y habría sido crucificado el día siguiente, Viernes 15 de Nisán. San Juan indicaría el deseo de los judíos de permanecer legalmente puros para participar de un sacrificio posterior y como la sentencia de Pilatos fué dada el Viernes, designaría ese día como el de preparación a la fiesta del sábado de la semana pascual.

2.a Crucifixión el 14 de Nisán. — Nuestro Señor no habría celebrado la Pascua de los judíos, sino que habría instituido la Eucaristía en una Pascua nueva, antes de la fiesta de los judíos y habría sido crucificado al día siguiente, Viernes 14 de Nisán.

3.a Opinión de armonía. — El año de la Pasión habría habido incertidumbre sobre las fechas del mes de Nisán, sea porque la observación de la luna nueva no hubiera sido clara y válida para todos, porque los jercarcas judíos hubieren hecho una postergación para que la fiesta no fuera el Viernes o porque se tolera anticipar la fecha por la afluencia y acumulación de peregrinos.

Parece que esta opinión gana probabilidad y adquiere mayor base objetiva si la edad de la luna nueva que ese año determinó el día 1.º de Nisán, fué suficiente para haber sido vista en Galilea dos semanas antes de la Pascua, pero pequeña para que sea también probable que no haya sido descubierta en Jerusalem sino en la tarde siguiente.

## SICRONISMOS LIMITES

Para fijar el límite anterior de las fechas probables de la crucifixión en función de Juan Bautista y el año 15 de Tiberio, conviene contar los años de este emperador des-

de que Augusto lo elevó a collega imperii (año 11 o 12); así, dando el tiempo necesario para el desarrollo de los acontecimientos, podría aceptarse el año 28, como fecha límite anterior.

Este sería un límite extremo, pues si se cuenta los años de Tiberio desde la muerte de Augusto (19 de Agosto del año 14) se llegaría con el P. Lagrange O. P., al año 30 como fecha de la crucifixión. (**Valensin et Huby, S. J. Saint Luc.**, pág. 53).

Una hermosa comprobación de estos límites proporciona el evangelio de San Juan (II, 18-20): Jesús anuncia su pasión y resurrección diciendo: destruid este templo, en tres días volveré a levantarlo; los judíos responden que la construcción del templo inconcluso ha demorado ya cuarenta y seis años. El templo habría sido comenzado el año 19 antes de la era cristiana según las referencias de Flavio Josefo y esta escena habría tenido lugar por consiguiente el año 27 o 28. (**Howlet, O. S. B.**, Chronology, The Catholic Encyclopedia, vol. III, pág. 736).

Fijar el límite posterior de las fechas admisibles de la crucifixión no es fácil, porque no sabemos precisar la duración de la predicación de San Juan Bautista y de la vida pública de Jesús; sin embargo, se puede decir que la probabilidad de las fechas posteriores al año 30, disminuyen rápidamente porque conducen a duraciones del ministerio difícilmente aceptables y que el año 33 ya es poco probable (ibid).

Un límite máximo neto, pero demasiado remoto, es el año 36 pues Pilatos fué a Roma a dar cuenta a Tiberio y el emperador murió (el 16 de Marzo del año 37) antes que él llegara (**Flavio Josefo**, trad. **D'An-dilly**, vol. III, pág. 235).

#### COMPARACION NUMERICA DE LAS FECHAS PROBABLES

El cuadro sintético contiene los datos necesarios para discutir las fechas de la crucifixión según los criterios mencionados. Se extiende desde el año 24 al 38, más allá de

los límites admisibles para permitir amplias comparaciones.

Las primeras columnas dan para cada año la fecha del equinoccio de Marzo y de los novilunios cercanos. La fracción decimal de la fecha es la fracción de día transcurrida desde la media noche hasta el fenómeno astronómico.

Los equinoccios se han deducido del indicado hoy por el Nautical Almanac reducido a la hora civil de Jerusalem, (35° 15'E) aceptando en los 19 siglos transcurridos, un año tropico medio de 365,24226 días (Newcomb).

Los novilunios que las perturbaciones no permiten deducir simplemente del mes sinódico, han podido ser tomados de Ginzell (vol. II, pág. 544) reduciendo también las horas astronómicas de Greenwich a civiles de Jerusalem.

Las dos columnas siguientes se refieren a la hipótesis de que el 15 de Nisán de este año hubiera sido Viernes. Una columna de la fecha de ese Viernes, posterior en dos semanas al Viernes 1.º de Nisán que habría seguido al novilunio. La otra da la edad con que la luna nueva debería haber sido descubierta el Jueves anterior, a la puesta del sol, o sea transcurrido 0,75 del día aproximadamente.

Otras dos columnas análogas se refieren a la hipótesis del Viernes 14 de Nisán.

En la última columna se ha anotado la opinión sobre que día de Nisán fué el Viernes de la crucifixión, aceptada la cual ese año sería una fecha probable, en vista de la edad con que se habría descubierto la luna inicial del mes.

Por las razones ya indicadas no se pone entre las probables la luna que aparece en el cuadro con 0,62 días y las menores, ni la que aparece con 3,12 y las mayores.

En general se ha indicado como probables las Pascuas que siguen inmediatamente al equinoccio, pero se ha incluido también las que suponen una tolerancia inferior a seis días en la determinación del comienzo de la primavera.

# Fechas probables de la Crucifixión de Nuestro Señor

AÑO	Fecha del equinoccio de Marzo	Fecha de los novilunios cercanos	CRUCIFIXION, 15 NISÁN		CRUCIFIXION, 14 NISÁN		Dia de Nisán con que este año es probable
			Fecha del Viernes de Crucifixión	Edad luna descubierta	Fecha del Viernes de Crucifixión	Edad luna descubierta	
24	22,7	L. 28,21 Fbo.	17 Mzo.	3,54	17 Mzo.	4,54	
24		M. 28,56 Mzo.	14 Ab.	2,19	14 Ab.	3,19	15(y14)
25	22,9	D. 18,25 Mzo.	6 Ab.	4,50	6 Ab.	5,50	
25		L. 16,58 Ab.	4 Mayo	3,17	4 Mayo	4,17	
26	23,2	J. 7,91 Mzo.	29 Mzo.	6,84	22 Mzo.	0,84	14
26		S. 6,29 Ab.	26 Ab.	5,46	26 Ab.	6,46	
27	23,4	M. 25,30 Fbo.	14 Mzo.	2,45	14 Mzo.	3,45	
27		Mi. 29,84 Mzo.	11 Ab.	0,91	11 Ab.	1,91	14 y 15
28	22,7	L. 15,11 Mzo.	2 Ab.	3,64	2 Ab.	4,64	
28		M. 13,60 Ab.	30 Ab.	2,06	30 Ab.	3,06	
29	22,9	V. 4,13 Mzo.	25 Mzo.	6,62	18 Mzo.	0,62	
29		S. 2,83 Ab.	22 Ab.	4,92	22 Ab.	5,92	
30	23,2	Mi. 22,85 Mzo.	7 Ab.	0,90	7 Ab.	1,90	14 y 15
30		V. 21,52 Ab.	12 Mayo	6,23	5 Mayo	0,23	
31	23,4	L. 12,05 Mzo.	30 Mzo.	3,70	30 Mzo.	4,70	
31		M. 10,59 Ab.	27 Ab.	2,16	27 Ab.	3,16	
32	22,6	V. 29,54 Fbo.	21 Mzo.	6,21	14 Mzo.	0,21	
32		S. 29,96 Mzo.	18 Ab.	4,79	18 Ab.	5,79	
33	22,9	J. 19,56 Mzo.	3 Ab.	0,19	3 Ab.	1,19	14
33		V. 17,91 Ab.	8 Mayo	5,84	8 Mayo	6,84	
34	23,1	M. 9,26 Mzo.	26 Mzo.	2,49	26 Mzo.	3,49	15(y14)
34		Mi. 7,59 Ab.	23 Ab.	1,16	23 Ab.	2,16	14 y 15
35	23,4	S. 26,84 Fbo.	18 Mzo.	4,91	18 Mzo.	5,91	
35		L. 28,28 Mzo.	15 Ab.	3,47	15 Ab.	4,47	
36	22,6	V. 16,76 Mzo.	6 Ab.	5,99	6 Ab.	6,99	
36		D. 15,22 Ab.	4 Mayo	4,53	4 Mayo	5,53	
37	22,8	M. 5,93 Mzo.	22 Mzo.	1,82	22 Mzo.	2,82	15(y14)
37		J. 4,57 Ab.	19 Ab.	0,18	19 Ab.	1,18	14
38	23,1	S. 22,93 Fbo.	14 Mzo.	4,82	14 Mzo.	5,82	
38		L. 24,63 Mzo.	11 Ab.	3,12	11 Ab.	4,12	

Las fechas que son probables supuesta la crucifixión el 15 de Nisán y que también lo son en la hipótesis del 14 dan una base objetiva a la opinión de armonía. En algunos años se indica 15 (y 14) para hacer notar que si se supone retardado el 1.º de Nisán para no tener dos días de reposo consecutivos, estos años serían probables también, aceptando la opinión del 14 o la solución de armonía.

Si dentro de los límites de los siconismos, no se acepta el año 27 ni tampoco el año 33, que por otra parte no podría ser considerado sino supuesta la crucifixión el 14 de Nisán, resta solo sobre la criba cronológica el año 30.

Todas las circunstancias favorables concurren admirablemente en el Primer Viernes 7 de Abril del año 30, como fecha probable de la crucifixión de Nuestro Señor.

¡Dios mío, también las cifras frías y severas, agrupadas al pie de tu cruz, a través de 19 siglos, dan testimonio de la Verdad!

---

**DEL DISCURSO DE SU SANTIDAD PIO  
XI AL COLEGIO CARDENALICIO EL  
24 DE DICIEMBRE DE 1932, PU-  
BLICADO EN L'OSSERVA-  
TORE ROMANO EL DIA  
SIGUIENTE**

El año próximo, el año 1933, es el que la opinión común de los simples fjeles iden-

tificando sin hacer cuestión el año treinta y tres de la era vulgar con el año de la muerte de Jesucristo, tiene y considera como el año del centenario, diecinueve veces centenario. Hemos recibido testimonios de esto de diversas partes.

La ciencia no cree poder pronunciarse tan categóricamente, pero también según la ciencia el año treinta y tres y el año treinta son aquellos en torno de los cuales se reúnen argumentos de mayor probabilidad, si bien no de certeza absoluta. Nosotros hemos vuelto a estudiar el difícil problema lo mejor que nos era posible y hemos interrogado especialistas competentes.

No quedando para el año treinta y cuatro sino una probabilidad muy débil, a pesar de estar abonada por los grandes nombres de Bellarmino, santo y doctor de la Iglesia y del gran Baronio, padre de la historia eclesiástica, no les resta a los hombres, a los redimidos que hoy viven, más que el año próximo 1933 para celebrar con base el centenario de la muerte del Señor y del ciclo de hechos divinos que le hacen corona.

Pero la incertidumbre del año nada quita a la certeza y a la magnitud infinita de los beneficios recibidos por todos nosotros. Si los hombres del año 2033 han llegado por nuevos descubrimientos y nuevos cálculos a la certeza de uno de los años en cuestión, ellos sabrán cumplir con su deber; nosotros debemos cumplir el nuestro.



# El Concepto de la Redención Humana

Conferencia privada dictada en el Centro de Estudios Religiosos

por el Pbro. D. Anibal Carvajal

Por redención en general se entiende la recuperación de una cosa perdida mediante el precio correspondiente.

Etimológicamente, Redención viene del latín Re- y emptio, o sea re-compra o compra repetida.

Redención del género humano es por tanto: **El acto por el cual el género humano, caído en la esclavitud del demonio por el pecado, fué rescatado por Cristo substituto nuestro que satisfizo por nosotros y nos mereció la rehabilitación de hijos de Dios.**

En el análisis completo de esta definición está el concepto acabado de la Redención humana.

Veamos por partes el sujeto de la redención o sea el hombre caído y rehabilitado y después lo que hizo Jesucristo para rescatarlo.

## El hombre caído

Para darse cuenta de lo que el hombre perdió con el pecado, hay que comenzar por conocer lo que el hombre poseía antes de su falta, lo que, además de los dones naturales correspondientes a su naturaleza, había recibido gratuitamente a título de prueba, para sí y sus descendientes.

1) **En el orden sobrenatural.** — Nuestros primeros padres por medio de la gracia santificante, que nos hace consortes de la divina naturaleza, fueron elevados a un orden **absolutamente sobrenatural**, superior o toda naturaleza creada y creable, cuyo último fin era la visión beatífica propia sólo de Dios. La gracia santificante estaba acompañada de las virtudes infusas, por medio de las cuales, sus facultades quedaban elevadas, en disposición de obrar sobrenaturalmente, para aumentar la gracia y merecer el cielo en su grado correspondiente.

2) **En el orden preternatural.** — Además de los dones sobrenaturales, nuestros primeros padres tuvieron otros dones, que no son absolutamente sobrenaturales, porque

corresponden a la naturaleza angélica; pero que no eran debidos a la naturaleza humana. Estos dones preternaturales, que constituyen al hombre en **estado de integridad**, son cuatro: "la inmunidad de concupiscencia desordenada, 2) la inmunidad de ignorancia, 3) la inmunidad de la muerte y demás miserias de esta vida, y 4) cierto dominio sobre todos los animales y fuerzas naturales".

Todos estos dones, como es sabido, fueron concedidos a nuestros primeros padres y a sus descendientes con la sola condición de no trasgredir el mandato que Dios impuso a Adán.

Con la desobediencia del Paraíso todos se perdieron: se perdió la gracia santificante porque la desobediencia fué grave pecado y, por tanto, se perdió el único camino para el cielo; se perdieron también los dones preternaturales y aún puede decirse con el Concilio Tridentino que todo el hombre quedó vulnerado en su naturaleza, no en cuanto le sea imposible evitar el pecado como aseguran los protestantes, sino en cuanto quedó debilitado y con dificultad puede vencer sus malas inclinaciones. Todavía puede añadirse que el hombre caído quedó bajo el dominio del demonio, su vencedor en el Paraíso, en cuanto que el demonio puede tentarlo de mil maneras y aún posesionarse de su cuerpo.

## La reparación o redención

Según la definición dada de redención, Jesucristo nos desató de la esclavitud del demonio y nos rehabilitó en la amistad de Dios.

## ¿Cómo nos redimió Jesucristo? ..

Se puede dividir esta cuestión en dos puntos:

1) Cuál fué el acto propio redentor y 2) la amplitud de la Redención.

El acto propio por el cual quedó redimido el género humano fué la pasión y muerte de Jesucristo, de modo que su sangre preciosa fué el precio de nuestro rescate. Esta gran verdad la afirman categóricamente S. Pedro en la primera de sus epístolas; dice textualmente: **“Debéis saber que no fuisteis redimidos con oro o plata corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de cordero sin mancha, no contaminado”**. Cap. I. v. 18 - 19.

El precio ofrecido, pues, por nuestro rescate fué la sangre de Jesucristo.

Como el rescate de la humanidad era por una ofensa personal, debía tener el carácter de una satisfacción, y como la ofensa era casi infinita por la calidad del ofendido, la satisfacción debía ser también correspondiente por la calidad del reparador.

El hombre, empero, no podía ser este reparador y por eso fué necesario que Jesucristo Dios-hombre se constituyera en fiador y representante del hombre para ofrecer la condigna satisfacción. Esto también lo afirma claramente S. Pedro en la misma epístola, Capítulo 2, v. 24: **“El cual echó sobre sí mismo, en su cuerpo, pendiente de la cruz, nuestros pecados, para que muertos a la maldad, vivamos nosotros para la justicia, por sus llagas con las cuales El nos sanó”**.

Constituído Jesucristo en nuestro representante destruyó todo lo que implicaba el pecado de Adán: 1) La injuria o violación del honor debido, que esto es la desobediencia de Jesucristo hasta la misma muerte. **“Se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte de cruz”**, dice S. Pablo a los filinaes, Cap. II S. P. y el mismo apóstol dice a los efesinos, Cap. I v. 7: **“Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como oblación y hostia a Dios”**. 2) La trasgresión de la ley divina que merecía una pena o castigo fué satisfecha también

por Jesucristo conforme a estas palabras de Isaías, Cap. 53, v. 5 - 6: **“El fué herido a causa de nuestras iniquidades, fué reducido casi a polvo por nuestros crímenes. El señor puso en El las maldades de todos nosotros”**.

Esta satisfacción de Jesucristo no sólo fué suficiente, sino que superabundante, como dice S. Pablo a los romanos, Cap. V, c. 20: **“Donde abundó el delito superabundó la gracia”**.

S. Juan Crisóstomo dice en su homilia décima sobre este capítulo de S. Pablo: **“Cristo no sólo nos dió tanto cuanto nos había quitado Adán, sino muchísimo más, tanto más cuanto es el mar inmenso comparado con una pequeñísima gota de agua.”**

Y la razón de esta superabundancia es manifiesta, toda vez que la satisfacción de Jesucristo es simplemente infinita, como lo era su persona divina, y la malicia del pecado de Adán era sólo relativamente infinita, por terminar en un Ser infinito la acción mala que procedía de ser finitio.

Satisfacer por la humanidad pecadora en cuanto a la injuria a Dios y en cuanto a la pena merecida por la violación de la ley divina, no era todavía verdadera redención, porque no devolvía al hombre a su primitivo estado de hijo adoptivo de Dios: era necesario todavía devolverle la gracia santificante. He aquí lo más importante de la Redención. El Concilio Tridentino enseña en su Sesión VI, Cap. 7, que **“la causa meritoria de la justificación el N. Señor Jesucristo, quien con su santísima pasión en el árbol de la cruz nos mereció la justificación. Como esta justificación no puede realizarse, sino por la gracia, Cristo es causa meritoria de la gracia”**.

S. Pablo también atribuye a Cristo nuestra justificación y la salud eterna. A los romanos, Cap. III, v. 24, les dice que **“hemos sido justificados gratuitamente por la gracia de El causada por la redención de Cristo Jesús”** y a los hebreos, Cap. V, v.

8, les añade **"Cristo es para todos los que lo siguen, causa de la salud eterna"**.

Que Jesucristo pudiera no sólo satisfacer, sino también merecer no hay la menor duda, porque no le faltaba ninguna de las condiciones necesarias para el mérito.

Según Sto. Tomás, mérito es **"aquello con que se recompensa a alguien a manera de retribución por una obra, como si eso fuera su propio precio"**.

Las condiciones para merecer, son: 1)

**estado de viador** y Jesucristo lo era en cuanto al cuerpo y a la parte inferior del alma; 2) **estado de gracia**, y Jesucristo estaba lleno de gracia; 3) **libertad** y Jesucristo se ofreció voluntariamente por nosotros; 4) **bondad y supernaturalidad** de la acción, y todas las de Jesucristo eran infinitas; 5) **aceptación divina**, y también la había conforme al oráculo del Paraíso: **"él quebrantará tu cabeza"**.

---



# La Importancia Social de las Ordenes contemplativas

Por P. Valentin, O. Cap.

En su conversación con el joven rico respecto a la cuestión de lo que debe hacerse para alcanzar la vida eterna, el Salvador distinguió claramente dos estados dentro de su Iglesia: el laico y el clerical, quedando este último nuevamente dividido entre clérigos y regulares; de ellos, sin excepción, aspiran con todas sus fuerzas a la perfección, o sea, al amor de Dios. El medio imprescindible para esta aspiración es la observancia de los mandamientos de la ley divina y para los regulares, además, la de los Consejos Evangélicos, a saber: de la pobreza voluntaria, de la castidad perpetua y de la obediencia bajo un superior eclesiástico. En su esencia es el estado religioso una forma de vida libremente escogida, invariable y por la autoridad eclesiástica autorizada, por la cual un cristiano católico, por Dios llamado y física e intelectualmente capacitado, se obliga por medio de un voto, a aspirar la perfección, sirviéndose de los consejos evangélicos.

La vida religiosa se desenvuelve en diferentes formas: hay religiosos que se dedican con preferencia a obras de caridad y celo, mientras otros llevan una existencia retirada, dedicada a la contemplación y a la oración: en la vida de Jesús encontramos las dos formas unidas, la vida contemplativa y la activa. Esta vida mixta es indudablemente la más perfecta, siempre que la acción sea el fruto de la contemplación, o sea, que la vida de celo exterior sea el fruto de la vida interior practicada. (Véase Thom. Aqu. S. 2. 2. qu 188 a. 6) Es mejor arder e iluminar que sólo arder; más vale santificarse a sí mismo y a otros que solo así mismo. La piadosa Edad Media era rica en Ordenes Contemplativas; en los tiempos modernos su número está disminuyendo constantemente.

Una parte cayó víctima de persecuciones y acontecimientos políticos, otros per-

dieron, por guerras, desvalorización u otras circunstancias sus medios de subsistencia, viéndose en consecuencia, obligados a una vida más exterior de caridad. Sin embargo, existen todavía un buen número de claustros, donde siquiera una buena parte de sus miembros viven en estricta clausura, dedicados exclusivamente al servicio divino, mientras otros mantienen las relaciones indispensables con el mundo.

Veamos cómo se vive en un claustro de una Orden Contemplativa. Penetremos en una de las iglesias. No se distinguirá por su magnificencia; pero sí, por una escrupulosa limpieza, por el exquisito adorno de tremado orden y limpieza de los ornamentos altares, por una tranquilidad y una paz devota y apacible, así como por un extos, vasos sagrados y de su lencería. En el coro detrás del Altar Mayor no faltan nunca los adoradores del Santísimo Sacramento, ya entregados a la meditación ya a otros ejercicios piadosos. Llega la hora del Oficio Divino y con voz solemne lo reza o lo canta la comunidad, muchas veces con acompañamiento del órgano.

Distribuida a diferentes horas del día y la noche, el rezo o canto del Oficio Divino ocupa de 7 a 8 horas diarias. Si llegamos a la portería del Monasterio, nos recibirá una persona discreta y de confianza, especialmente escogida para este oficio que nos guiará al modestísimo locutorio. Si queremos hablar con uno de los miembros de la Comunidad, nos separará una reja o una cortina de él y la conversación se realizará siempre en presencia de un testigo. Si alguien, provisto con el correspondiente permiso, consigue penetrar más allá de las puertas de la clausura, respirará aire y paz de Santuario y sus ocupantes, cubiertos los rostros, se retirarán conforme se lo manda su regla. ¿Y cuántas veces no ha sucedido que facinerosos, revolucionarios

o guerreros penetraron a la fuerza al interior de un tal claustro, quedando sobrecogidos y retirándose con respeto.

Toda la instalación de estas casas de Dios está hecha con suma sencillez. Los trabajos en el huerto, en la sacristía, en el coro, en las celdas, en la cocina, en el costurero, están desempeñados por los mismos miembros de la comunidad y con igual amor como al Señor en el Tabernáculo, sirve cada Monja también sus hermanas. La caridad hace de cada una la sierva de todas. Cada celda con su rústico lecho, con sus toscas mesas y sillas, nos habla de pobreza y de penitencia; un sencillo reclinatorio, un crucifijo, algunas estampas completarán el mobiliario y el adorno. El descanso nocturno no pasa de seis horas. Pobre como las habitaciones es también la mesa. Comidas frugales, tomadas en silencio y acompañadas de lecturas espirituales sirven para restaurar las fuerzas. Nadie dispone ni del objeto más insignificante. Las Religiosas viven del producto de sus trabajos o de limosnas que les mandan piadosos cristianos. Otras también tienen alguna propiedad de renta.

La vida contemplativa no es para cualquiera. Como para la vida religiosa en general, nadie puede ser obligado a ella. "No todos son capaces de esto, sino aquellos a quienes es dado". (Mat. XIX, 11). Aunque todos los cristianos debemos vivir una vida fiel a la gracia, aunque también los religiosos dedicados a obras de celo y caridad están obligados a practicar en su debido tiempo la contemplación, para poder santificar a otros, después de haberse santificado a sí mismo, pero para escoger aquella vida de retiro absoluto es necesario una vocación muy especial de parte de Dios. Un capricho pasajero, un desengaño, una sensación no pueden por sí sólo motivar tal resolución. Condición primordial es una inclinación natural al retiro y a la soledad; el deseo ardiente de vivir lejos del mundo con sus concupiscencias y sus vanidades o también la atracción hacia lo sobrenatural,

a la vida interior y a la mortificación. Además, puede una vida netamente contemplativa ser agradable a Dios y útil a la Iglesia, sólo si lo permiten las condiciones de familia y sociales del aspirante y si no existen obligaciones de ninguna especie que lo ligen en una u otra forma. Por consiguiente, no serán muchos, sino al contrario, muy pocos los llamados para esta clase de vida.

Preguntémonos ahora si una vida exclusivamente contemplativa tenga razón de ser. Aquí vemos que un número reducido de individuos se reúne para vivir una vida en la cual todos lo poseen todo en común. ¿Y con qué derecho lo hacen esto? Simplemente con el derecho de asociación. Se retiran, pues, nadie les puede negar el derecho de abrir o de cerrar las puertas de su casa, de salir o de permanecer entre sus cuatros paredes, como mejor les plazca. Observan el silencio, practican la modestia de la vista, trabajan y oran, se tratan mutuamente como hermanos, renuncian a todos los deleites mundanales, conforme al derecho que todos tenemos de organizar nuestra vida como más nos agrade. Mientras no exista ninguna transgresión de la ley divina y mientras el prójimo no sufra menoscabo en sus derechos naturales y legales, cada individuo tiene su libertad personal. Así tiene también cada Monasterio el derecho de existencia, si quedan a salvo las condiciones que acabamos de mencionar. Sólo los tiranos y los revolucionarios no reconocen este derecho. Quien pertenezca a sociedades que tengan por objeto el lucro o la diversión, no podrá negar el derecho de existencia a las órdenes contemplativas.

Llegamos, finalmente, a formular la pregunta: ¿Prestan las órdenes contemplativas verdaderamente un servicio a la sociedad humana, o son ellas sólo una "mano muerta"? Para contestarla debemos no perder de vista su triple fin. Ante todo son ellas lugares de recogimiento, de la devoción, de la oración continua y en común, oración externa, oración interna, siempre en nombre

de Jesús, que en el Santísimo Sacramento está continuamente en medio de ellos. La oración en esta forma practicada no es ninguna holgazanería, sino cuesta trabajo y exige esfuerzo, tanto físico como intelectual. No es tampoco ninguna ocupación cualquiera, sino un deber de conciencia. La más excelente práctica de la Religión. No es un derroche de tiempo, pues en todo y para todo lo principal es la bendición de Dios.

Muchos de los grandes hombres de la Iglesia se han encomendado a sí mismo y sus empresas y obras a la oración de los monjes, así San Basilio (+379), San Agustín (+432), San Gregorio Magno (+604), San Bonifacio (+755).

El Papa Inocencio III reconoce en una carta dirigida a los hijos de San Bernardo, que sólo con ayuda de la oración de los monjes puede guiar felizmente la nave de San Pedro a través de las olas. "Dadme un ejército de adoradores", dijo Pío IX, y recomendó el Apostolado de la Oración.

Ya en el Antiguo Testamento vence Israel bajo el mando de Josué a sus enemigos, mientras Moisés, sobre el monte, levantaba sus manos orando; pero en cuanto las bajaba un poco, sobrepujaba Amalec. (Exod. 17.11).

Muchos Monasterios de la Edad Media fueron fundados por los grandes y poderosos con el único fin de tener quienes orasen constantemente por sus asuntos. El cielo lo sabe y hombres de experiencia lo reconocen: muchos deben su conversión y el conocimiento de la verdadera fe a la oración de algún leguito menòspreciado o a una monjita olvidada y desconocida. Cuantos de aquellos que con sus hechos asombraron el mundo, sacaron las fuerzas y las gracias para ellos de las oraciones de frailes o monjas, cuyos nombres no han quedado conservados por la historia.

Otro de los fines de las Ordenes Contemplativas: Ellas son un espejo para que en él se mire la humanidad embebida en sus afanes y deleites terrenales. Aunque no todas las personas que forman parte de

ellas sean ya unos verdaderos Santos, su sola existencia prueba que nuestra vida es más que un puro negocio, y que el fin y objetivo de la humanidad no es ninguna feria.

Su existencia nos enseña que entre las diversas profesiones debe existir también una, elevada por encima del nivel común y que tenga por objeto la mediación entre Dios y los hombres. Y esta profesión es tanto el Sacerdocio, instituido por el mismo Cristo, nuestro Señor, como también el estado monástico, cuyos orígenes se remontan hasta los tiempos apostólicos y que pone en práctica el mandamiento del Señor: Rogad sin cesar. La existencia de las Ordenes Contemplativas, finalmente, le quita todo subterfugio al mundo para afirmar que los mandamientos y preceptos del Cristianismo sean un imposible para las flaquezas de la naturaleza humana, ya que tantas almas débiles y tentadas practican generosamente no sólo los mandamientos sino también los consejos evangélicos, gozando al mismo tiempo de una paz que el mundo no puede dar.

En tercer y último término, son las Ordenes Contemplativas centros de expiación para los pecados del mundo. El religioso o la monja, para seguir el llamado de su vocación, ha debido abandonar su hogar y su terruño, sacrificar su libertad personal, y todo esto por amor de Dios y por la salvación de las almas. El traje que usan es de penitencia, satisfaciendo de este modo, por el mundo, perdido en vanidades, en un desordenado afán de agradar y en una estúpida esclavitud de las modas. Los religiosos pasan orando gran parte del día y hasta de la noche, expiando de este modo el olvido del mundo para con Dios, su maledicencias y sus blasfemias.

En satisfacción de los pecados de la lengua, practican el silencio, no haciendo uso de su voz sino para alabar a Dios y cuando las circunstancias lo exigen. A la gula oponen el ayuno y la frugalidad en la alimentación. Constantemente practican la

sumisión bajo sus superiores, creando así un contrapeso contra las transgresiones de los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Con humildad reconocen delante de sus hermanos sus defectos y faltas, oponiendo éstas sus humillaciones al orgullo y a la falta de espíritu de penitencia mundanales. Una vida así, imitando al Divino Salvador, no es de ningún modo inactividad. El más rudo de todos los trabajos es el propio perfeccionamiento y la más difícil de todas las luchas es la que va contra la naturaleza. Todo esto redundando tanto en gloria de Dios como en beneficio de la humanidad, aunque sus efectos no salten siempre a la vista. Sólo en la eternidad podremos apreciar debidamente el valor de los sacrificios de estas almas de Dios.

Ahora, la última pregunta: ¿Sería indicado, como tantos lo insinúan y piden, acabar con las Ordenes Contemplativas? Cedemos la palabra al Dr. J. Klug (Tratados Apologéticos, tomo 3, cap. 4): “¡Escuche, mi amigo! ¡Cuántos bosques no se cultivan en todo el país! ¿No sería mejor cortarlos, para utilizar sus maderas como leña y para aprovechar el terreno en cultivos productivos, transformarlos en campos y jardines.

Hubo tiempos y lugares en que se intentó hacerlo; ¿pero cuál fué el resultado? Se ganó algunos miles de kilómetros cuadrados para cultivos, pero, en cambio, se secaron las fuentes, pues ya no existía el bosque que atrajo hacia sí las nubes del cielo, no soltándolas hasta que no hubieron dejado caer la benéfica lluvia y el re-

frescante rocío; y fué así que el terreno de cultivo recién ganado hubo de perderse por la sequía e infertilidad. ¿Qué quiere decir esto? Se puede secularizar los claustros de vida contemplativa y entregarlos a usos profanos, se puede forzar la fuerza vital y someterla a fines culturales, pero hay fuentes de bendición para la humanidad que entonces ya no correrán? ¿Dónde se recogerán después los hombres de aspiraciones superiores, llamados a ser elevados a esferas más altas, donde una incomparable paz festiva cubre con un velo el precipitado correr de los hombres mundanos y el ruido ensordecedor de sus máquinas?”

Nadie debe mirar, por consiguiente, la vida de las Ordenes Contemplativas como algo inútil para el mundo. Del mismo modo no deben considerarse inútiles aquellos ancianos o desvalidos que ya no pueden dedicarse a una labor lucrativa, pues en su retiro pueden llevar una vida de oración, de buen ejemplo y de penitencia, imitando a los religiosos en su claustro.

Nuestro Señor alabó la conducta de María, sentado a sus pies, ansiosa de su palabra, frente a la actividad de Marta. “María escogió la mejor parte que no será quitada de ella”. (Luc. 10.42.). Así también: la vida contemplativa de aquellas órdenes, es algo grande, algo sublime y de un valor para la prosperidad del mundo, que nunca podemos ponderar lo bastante. Mas depende de la bendición de Dios que de nuestros trabajos y afanes, y las oraciones de las almas retiradas del mundo, las atraen en abundancia.



# Un angelito voló al cielo

¿Un cuento? No, un hecho real que ocurrió hace pocos meses en nuestro país. pequeña tragedia doméstica, una de tantas que enlutan los hogares de cuando en cuando: un ser querido se va, inesperadamente, y no vuelve jamás; deja un vacío en la casa y más aún en los corazones, difícil de llenar, abre heridas que tardan mucho en cicatrizar.

Una tragedia como tantas, pero por esto nada de vulgar; está rodeada de algunas circunstancias muy particulares que darán que pensar. Por esto la contaré: es la historia de un tierno cariño y de un inmenso dolor, sobrellevado con cristiana resignación.

Allá en el sur de Chile, en un pueblo situado a las orillas de nuestro más pintoresco lago, conozco un hogar. Una blanca casita, rodeada de floridos jardines, alberga este grupo de seres que se aman con entrañable cariño. El padre, venido a estas tierras desde la lejana Alemania, buscó como consorte una hija de aquellos esforzados colonos que dieron prosperidad a las regiones australes, en otros tiempos cubiertos de impenetrables bosques. El es profesor; pero uno de aquellos, por desgracia, tan escasos, que no se limitan a transmitir a sus alumnos ciertos conocimientos, sino que, además, procuran formar cristianamente el carácter de sus pupilos; uno que no sólo enseña, sino que ante todo educa; uno que ama a sus alumnos y que se siente responsable del bien de sus almas.

Una prole bastante numerosa era la bendición de aquel matrimonio: seis niñas primero y, por último, un hombrecito, el regalón. Un rubiecito, con ojos de cielo!, como no lo mimaron sus hermanitas! Era la alegría del hogar, la esperanza de su padre. Y este regalón se fué para no volver. La muerte se lo llevó en la más tierna edad. Destino cruel diría el hombre de mundo,

designio de la Divina Providencia, dice el cristiano.

Fué el Domingo de Ramos de este año de 1933. El padre recién vuelve de la Santa Misa; en la casa se encuentra con una agradable visita, las niñas juegan mientras la hacendosa madre está preparando en la cocina un sabroso postre de manzanas. Una grande olla, llena de estas frutas, está en el suelo. Aún están hirviendo, pues recién las han sacado del fuego. Enriquecito juega al lado de su mamá. Todo en la casa es felicidad y contento. Toca el timbre y la señora corre a ver quién busca. El niño se queda sólo en la cocina. De repente un grito del chiquitín y todos corren para ver lo que le ha pasado. Se ha caído a la olla, con las manzanas. Los padres pronto lo examinan y se encuentran con una quemadura, al parecer no muy grave, pero por precaución avisan al médico. La pena naturalmente, era muy grande, porque si sufre el regaloncito, todos sienten con él el dolor. El pronóstico del médico era del todo favorable y el mismo accidentado se mostraba tranquilo.

En la tarde, y para procurar una atención más adecuada, los padres llevaron a Enriquecito al hospital, donde, después de un baño ordenado por el médico, el enfermito durmió tranquilamente. No tenía fiebre, pero parecía algo debilitado. Por esto le dió como a las 8 de la noche el doctor un remedio para robustecer el corazón. Pero, he aquí, a las 9 empezó a delirar y su estado empeoraba visiblemente de hora en hora. Hacia las 11 los afligidos padres llamaron a una de las monjitas. La madre del niño sufrió indescriptiblemente, mientras el padre, en medio de su pena, más de una vez tenía que reír de las ocurrencias del chico. Este reía, cantaba, declamaba, rezaba. Su cerebro parecía en aquellos momentos mucho más maduro, su criterio más desarrollado. Sólo los ojitos ya no reaccio-

naban al brillo de la luz que el padre acercaba a ellos, parecía que ya se estaban apagando. Las manecitas estaban cubiertas de un frío sudor, la frente ardía y el pelo estaba empapado a efectos de la transpiración.

A medianoche, la enfermera le colocó una inyección de alcanfor, lo que hizo reaccionar al enfermito. Su argentina voz resonaba ahora por los pasadizos del Hospital: el último esfuerzo del cerebro que parecía trabajar febrilmente, mientras el pequeño corazón se agotaba por momentos. Repetidas veces le brotó sangre coagulada de la boca y de las narices. Infructuosamente llamaron por el doctor, pero el temporal que reinaba en aquella noche, había enredado los alambres del teléfono. En estas circunstancias no le quedaba al atribulado padre otro camino que abandonar por unos momentos al enfermo, a fin de ir en busca del facultativo.

Al salir el padre de la pieza, el moribundo cantaba con toda la fuerza de sus pequeños pulmones: "En la patria, en la patria, nos volveremos a ver".

Un cuarto de hora más tarde volvió el padre con el doctor. Este se dió inmediatamente cuenta de la situación e hizo una seña. Salieron ambos y en la botica del Hospital el médico le reveló toda la verdad al padre del enfermo. ¡Ya no quedaba ninguna esperanza, el desenlace era cuestión de minutos. Al pobre caballero le brotó la transpiración de todos los poros. El médico le dió algunas gotas a fin de tranquilizarlo. De repente un angustioso grito rasgó el silencio de la noche: "Enriquito se muere!" El padre y el doctor acudieron presurosos a este llamado de la madre. Nuevamente las convulsiones sacudieron el cuerpo del pequeño enfermo: el doctor se sentó a su lado, intentando mantener los latidos del corazón por medio de inyecciones, mientras la Superiora del Hospital procuraba consolar a la madre desesperada.

El niño agonizaba y el padre ya no sa-

bía si debía temer en primer término por éste o por su esposa. De repente, en un supremo esfuerzo, el enfermito trata de incorporarse; el médico le ayuda y le sujeta. Enriquito, busca con los bracitos extendidos las manos de su padres y exclama, por primera y al mismo tiempo por última vez en su vida: "¡Padre - Madre!"; un último suspiro: el angelito había volado al cielo.

El padre, en aquel instante, agarrábase con ambas manos el pecho, parecía como si con el último soplo de vida de su querido hijito quisiera emprender también su propia alma el vuelo hacia lo infinito; el médico depositó el exánime cuerpecito sobre las blancas almohadas, en seguida se retiró silenciosamente, mientras una furtiva lágrima brotó de estos ojos acostumbrados a ver cómo la muerte se lleva su presa. Eran las 2 horas y 10 minutos de la madrugada.

Los esposos se quedaron solos con los restos del niño. Por su mente pasaron dulces recuerdos; se fué para siempre este pedazo de su corazones, esta esperanza para el porvenir, este objeto de tantas ilusiones.

Así pasaron las horas y cuando la campana llamó a misa, se fueron a la capilla del Hospital. Allí ofrecieron su sacrificio a Dios: "El Señor lo dió, el Señor lo quitó, como agradó al Señor, así se ha hecho; bendito sea el nombre del Señor". Terminado el Santo Sacrificio, emprendieron el camino a su casa. De pasó golpearon la puerta del carpintero y le encargaron un pequeño ataúd. A estas horas las calles del pueblo estaban aún solitarias y era bueno así, para que nadie viera correr las lágrimas y oyera los sollozos que partieron sin cesar de los pechos de los atribulados padres.

Ya llegaron a la blanca casita. En la verja esperaba la criada, y cuando supo la triste nueva exclamó: "Mi buen Enriquito se fué y yo no podía volverlo a ver vivito!" En la puerta de la casa recibieron las ni-

ñitas a sus padres y no hay palabras para describir tanta pena, tanto llanto, tanto sufrir.

Corre el rumor que en aquel aciago día no cantó el gallo en la blanca casita de los floridos jardines, ni se oyeron los arrullos de las palomas en su techo; que el perro andaba con la cabeza gacha y que el gatito no salió de su rincón detrás de la cocina, ni aún cuando un atrevido ratoncillo se festejaba a su vista con un trozo de sabroso queso. Y de las rosas no se quitó el rocío durante todo el día, ¿o eran lágrimas las gotas que brillaban sobre sus pétalos?

En la tarde trajeron los restos del regalón y lo pusieron en el blanco ataúd. Pero antes lo vistieron con el albo ropaje, con el mismo trajecito que había llevado el día de su bautizo. Y ahora parecía como si todo el pueblo se hubiera dado cita junto al féretro de Enriquito; todos acudieron; grandes y chicos, llevando flores y coronas y todos lloraban y todos sufrían. ¡Ay, ay, ay! ¡Qué pena tan grande por el angelito que se fué!

Al día siguiente un cortejo fúnebre iba de la blanca casita hacía el templo parroquial. Todos los niños del colegio habían venido y ellos llevaron las flores y el pequeño ataúd. Unas solemnísimas honras se celebraron y después el séquito siguió su marcha dirección al Cementerio. Cuando pasaron frente al colegio, se apoderó de nuevo el más acerbo dolor del paterno corazón. ¿Cuántas veces no vino Enriquito con su mamá a esperarlo a la salida de la clase y cómo saltaba alegre por este camino? Y ahora lo llevaban, inerte, sin vida, por aquí, por última vez.

El digno rector del colegio hablaba junto a la tumba en conmovedoras palabras sobre el llamado que en otros tiempos hiciera nuestro Divino Salvador allá en los campos de Galilea a los pequeñuelos: "¡Dejad que los niños vengan a mí!", y terminó con este bello versito:

"El Señor sus ángeles contaba  
y notó que uno le faltaba,  
a la tierra entonces bajó  
y entre los niños lo escogió". Amén.

El coro entonó una canción, compuesta especialmente para esta ocasión por uno de los sacerdotes, profesor del colegio. Decía así:

"No llorad, mis queridos, dejadme partir,  
los ángeles me llevan a las eternas man-  
[siones,  
voy a trocar por celestiales canciones,  
los dolores, las penas, de la tierra el su-  
[frir".  
Volando me voy donde mi Padre, en el  
[cielo  
con El sus alegrías yo podré disfrutar,  
las glorias del Paraíso me llama a gozar,  
el Dios que quitó de mis ojos el velo".

El padre de Enriquito, al ver tantas pruebas de cariño, se sintió impulsado a dar las gracias a cuantos le habían acompañado en su dolor. Ya cayeron sobre el blanco ataúd los terrones, luego la tierra lo cubriría por completo. Ahí, al lado de la tumba estaba la madre, pálida y afiebrada; ahí, las seis niñas que lloraban su único hermanito, su encanto, su regalón. Todo esto lo vió el buen caballero, vió también las montañas de flores, prueba del cariño de todo un pueblo, vió reunido todo el colegio, alumnos y profesores y tanta, tanta gente y con su voz, ahogado por las lágrimas, empezó a hablar:

"Gracias, os doy, mis queridos alumnos, por haber acompañado a vuestro profesor en este camino, el más pesado que ha ido hasta ahora en su vida. Esto es un grande consuelo para el corazón lacerado de una madre, para el corazón de un padre, tan afligido. Gracias también a vosotros, buenos y queridos amigos, que habéis acostado el hijito de nuestro corazón sobre flores, que lo habéis cubierto de rosas. ¡Gracias, gracias! Y ahora, permitidme que desahogue mi alma de la pena que la embarga, y

que salude por última vez a nuestro hijito, antes que se cierre para siempre esta tumba.

Descansa en paz en esta tierra, tú, mi pequeño Enriquito, hijito querido de nuestra alma. Como un ángel del cielo llegaste a nuestro hogar, pasaste jugando alegremente con tus hermanitas: riendo, cantando, brindaste tu infantil afecto a tus padres y de tus azules ojitos salió un reflejo de gozos celestiales hasta el fondo de nuestras almas. Y ahora te fuiste y nos dejaste llorando, desconcertados junto a tu tumba. Volando subiste al cielo, breve fué tu estadía en esta tierra. Yertas están tus manecitas cruzadas sobre tu pecho. Tu boquita, siempre llena de cantares, enmudeció para siempre. Tu cariñoso corazoncito ya no late más.

Estos ojitos que con sus miradas penetraron hasta lo más íntimo de nuestro ser, la muerte los apagó. Tus piecitos apenas alcanzaron a tocar el polvo de esta tierra. Inmaculada del hálito pecaminoso del mundo quedó tu alma bella. La oración de la inocencia traspasa las nubes y llega hasta el trono del Altísimo. ¡Cómo escuchó Dios tan pronto tus infantiles plegarias, que repetiste tan a menudo hasta entre tus juegos: "Házme piadoso, buen Dios mío, para que sea digno de subir a tu cielo! Puro, como saliste de las manos del Creador, vuelves a El, al Padre, que está en los cielos. Aquí yaces en el ataúd, vestido con el albo vestidito del bautismo; y con razón: rodeado del esplendor de la inocencia bautismal vuelves al Dios, que tanto ama el candor y la pureza del corazón, y que dijo: "Dejad que los niños vengan a mí".

En la última hora de tu existencia ya parecías haber perdido el contacto con las cosas de la tierra y orando y cantando himnos volaste al cielo, que ya estaba abierto para tí. Algún tiempo atrás manifestaste un deseo infantil de poder tocar la cam-

panilla al Santo, Santo, Santo del Sacrificio de la Misa, y ahora ya te está concedido de unir tu voz al canto de los ángeles allá en las alturas celestiales.

Cuántas veces resonaba la casa de sus gritos de: Aleluya, Aleluya, y ahora ya te únes al júbilo de los bienaventurados en la celestial Jerusalem.

Al volver a mi casita, después de las labores del día, corriste con los bracitos abiertos para abrirme la puerta. ¡Ojalá que también suceda así, cuando toque mi última hora!

Oh, que entonces vengas a recibirme, radiante de felicidad, a mi y a todos los que rodeamos llorando esta tu tumba. Séanos concedido a todos nosotros volverte a ver en la gloria, y muy especialmente a estos alumnos, que están confiados a mis cuidados.

A dura prueba nos ha sometido el Señor. La muerte tan inesperada de nuestro único hijito ha herido profundamente nuestros corazones. Pero Tú, Dios mío, eres el Señor de la vida y de la muerte. Y cuántas veces el dolor y la desesperación quieran apoderarse de mi alma, haz que siempre repita: "¡Fiat voluntas tua! — Hágase tu voluntad, Señor. Recibe benignamente nuestro sacrificio. Adoro, Adoro, providentiam tuam, Domine!"

En la tarde de aquel día estaba en su blanca casita el padre, mirando la cuna vacía de su pequeño regalón, mientras allá lejos en el cementerio, casi en plena pampa, cayeron los últimos rayos del sol sobre un cúmulo de flores coronas.

Enriquito, ya en las mansiones de la eterna gloria, contemplaba en estos instantes embelesado las bellezas del cielo y contaba al Señor y a la Virgen María de su papacito que tan bueno había sido con él en la tierra.

O. H.

# El Divorcio Ideal

(Tomado de "Estrella del Mar")

Hay un aire nupcial por todos los rincones de la casa. Huele a raras flores costosas, a perfumes exóticos, y las arañas del gran salón brillan preparadas para la fiesta. De un lado a otro los criados portan bandejas y encargos, estuches de reluciente piel o cajas forradas de magníficos ramos. En otro departamento se ensaya la música que tiene ahora para Mercedes una extraña melancolía. Esta es su sensación: una vaga melancolía en el espíritu, como una espina lenta y constante que nadie sabe dónde se ha clavado. Y ve que aquellas vitrinas donde se amontonan los regalos de boda y aquellas alburas fantásticas de tules y de sedas tienen como un designio inquietante, algo triste y misterioso que la intranquiliza sin saber de cierto por qué.

Embaída en esta triste congoja, sale un instante a la ventana que se abre sobre el patio.

—¡Pocas horas ya! — suspira como llevando esta inquietud hacia el cielo.

El cielo es azul. Un azul de tarde serena de noviembre, con ese reflejo frío y opaco de los remansos de altura no penetrados bastante por la intensidad del sol. No tiene este sol el resplandor dorado de las radiantes tardes pasadas, aquellas tardes de verano reciente, en que el patio parecía un pebetero exhalando los perfumes calientes de geranios y madrelevas.

Están ahora las flores casi mustias, arrecidas en esta fresca sombra azuleada que parece un cristal húmedo teñido de licor de violetas. Y el sol que corona los aleros del patio es una mancha amarilla, de oro desteñido, que va empalideciendo con un suave resplandor de ocaso.

Suena detrás una voz, y Mercedes se vuelve vivamente sorprendida en su propia soledad.

—¡Ah! ¿Eres tú, María Teresa? ¡Valiente susto me has dado!

**María Teresa.** — ¿Te molesto quizás? Me dijo Ana Cruces que estabas aquí. Quería darte mi último abrazo de soltera. Pero si te molesto me voy.

**Mercedes.** — ¿Molestarme tú? ¡Nunca!

**María Teresa.** — ¡Cómo te has asustado!

**Mercedes.** — No hagas caso. ¿Qué mujer tiene sus nervios en caja el día de su boda?

**María Teresa.** — Así como suena: el día de tu boda. Una vida que acaba en cada uno de vosotros para empezar juntos otra vida mejor.

**Mercedes.** — O que la creemos mejor. ¿Quién sabe? A todos les tengo oído que el matrimonio es el mar donde al tirarse a él no sirve de nada saber nadar de antemano. Hay que aprender a nadar en él, y lo que es peor: por sí mismos, sin maestros y sin lecciones.

**María Teresa.** — ¡Ah!, pero es un mar delicioso. Con corazón y cabeza se aprende pronto a flotar en él.

**Mercedes.** — Pues eso es precisamente lo más difícil: que como es un mar de aguas templadas se corre el peligro de olvidar en lo agradable de ellas los movimientos necesarios para nadar.

**María Teresa.** — Lo dices de un modo... ¿Tienes miedo a tu boda?

**Mercedes.** — A ti no te lo debo ocultar. Tengo miedo, sí.

**María Teresa.** — ¿No quieres a Víctor?

**Mercedes.** — Quererte, sí. De mi cariño respondo yo. ¿Pero y él? ¿Quién me responde a mí del suyo?

**María Teresa.** — Mujer, qué cosas tienes. ¿Quién va a responder? Pues él de sí, como tú respondes de ti.

**Mercedes.** — Pues ahí está el problema. Me responde de sí, ¿pero hasta qué grado? ¿Tiene igual responsabilidad su afec-

to que el mío? ¿Me quiere él en la misma medida que yo le quiero? ¿Piensa como yo, tiene como yo y está dispuesto a afrontar la vida con igual corazón? Ese es el enigma.

**María Teresa.** — ¿Y ahora piensas en eso? Ya debías conocerle.

**Mercedes.** — Querer muchas veces no es conocer. Y casi siempre querer es casi desear no conocer. Pero a veces también en estos momentos decisivos se quiere también conocer, y he aquí lo triste: que el conocimiento se obtiene, por lo general, a expensas del cariño. Me decías corazón y cabeza. Pues lo ideal sería que el corazón y la cabeza tuvieran una sola voz para decir al mismo tiempo: "¡quiero!"

**María Teresa.** — Parece que respiras por una contrariedad. ¿Tanto te has disgustado lo de Víctor esta mañana? Eso no tiene importancia.

**Mercedes.** — ¿Lo de esta mañana? ¿A qué te refieres? Porque no te comprendo.

**María Teresa.** — Eso que dicen de la confesión. A lo mejor son habladerías de la gente.

**Mercedes.** — (Sobresaltada). ¿Pero qué dicen? Expílicate.

**María Teresa.** — Si es una tontería, mujer. Además, yo creí que lo sabías tú. Y era el decirnos todas al saber que Víctor no se había querido confesar esta mañana. ¡Pobre Mercedes, con lo devota que ella es va a tener un disgusto!... Pero disgusto, ¿por qué? Los hombres tienen sus ideas y todas esas cosas son ajenas al cariño del matrimonio.

**Mercedes.** — ¿Qué son ajenas a la felicidad? ¡Ay, amiga mía; cuánto te agradezco la confidencia! Ya verás, ya verás cómo le va a ser difícil a Mercedes sacar a flote su felicidad...

\* \* \*

Solos los prometidos. Y un aire de contrariedad en los semblantes que a duras penas se puede reprimir con estudiados esfuerzos.

**Víctor.** — ¿Qué me quieres para llamarme con tanta urgencia?

**Mercedes.** — Tener contigo una explicación previa. La necesitamos antes de dar el paso definitivo. Es preciso que en este instante solemne desnudemos nuestra propia alma como indispensable garantía de lealtad futura. ¿Por qué no te has confesado esta mañana?

**Víctor.** — ¿Y tú me lo preguntas, Mercedes? Porque a la sinceridad de mis ideas repugnan las comedias y las ficciones. Yo no creo en esas cosas.

**Mercedes.** — ¿Y vas a creer entonces en el matrimonio? Esa ceremonia será para ti igualmente otra comedia más.

**Víctor.** — Mira, mujer, no tanto. Es la legalización social a tu gusto de una felicidad y un amor.

**Mercedes.** — Un amor, y ¿ante quién me lo fias?

**Víctor.** — Ante mí mismo, que sé que te quiero. ¿No te basta mi palabra?

**Mercedes.** — Palabra de hombre solamente. Y si quieres más, hasta palabra de caballero. Pero, dime, Víctor, si la moral humana y caballerosa la variáis los hombres con vuestras leyes y los conceptos legales varían como estamos viendo, he de temer bastante de una caballerosidad tan insustancial.

**Víctor.** — Me ofendés, Mercedes.

**Mercedes.** — Raciocinio, nada más, Víctor.

**Víctor.** — ¿Qué no fias de mí?

**Mercedes.** — Una caballerosidad que tiene por fundamento sólo un concepto social y no se nutre esencialmente de una propia virtud.

**Víctor.** — Bastante tiene con la virtud humana, con el decoro racional, sin tener que buscar otras virtudes.

**Mercedes.** — Para no temer de tí solo quizá; pero para no temer de la vida es muy poco eso.

**Víctor.** — ¿Sabes que no te entiendo?

**Mercedes.** — Pues es muy sencillo. La vida es superior a nosotros mismos. Y en la vida hay cansancios, laxitudes, hastíos, desmayos del espíritu que aviva por su li-

mitación el anhelo de algo que parezca mejor. Cuando esto ocurra, que está en lo posible, ¿quién defenderá los derechos de mi amor y mi seguridad, el concepto social? .. **Víctor.** — Si no bastara mi amor, la razón y ese concepto social.

**Mercedes.** — ¿Pero cuál es tu propio concepto social? Que legítimamente puede un hombre negar la vida sobrenatural y la verdad de la moral cristiana. Con arreglo a estos principios, negáis el fondo de esa moral, porque para vosotros es un artificio, una fórmula, un convencionalismo, una comedia exterior, en una palabra. Para vosotros, hombres racionales que os debéis a la verdad sincera, como ahora me dices, hay otra moral superior: la de vuestras razones, que ha inventado el divorcio como el verdadero concepto social de las uniones equivocadas. ¿Qué concepto social podía salvaguardarme en caso de decepción tuya?

**Víctor.** — ¿Pero piensas en el divorcio? Es una locura.

**Mercedes.** — ¿Una locura y ya nos estamos divorciando? Estamos profundamente separados en ideas; lo que yo creo, tú lo niegas; en lo que yo fío, tú pones la característica de una ficción. Nos casaremos. Al principio puede que la novedad y la juventud pongan flores en los vínculos contraidos. Pero el tiempo, las miserias de la vida, la realidad con su diversas contrariedades irán deshojando esas flores primeras. Es la ley de toda ilusión humana. Y cuando llegue eso tú no creerás en la eternidad del vínculo. De no creer en su eficacia perenne a romperlo no hay más que un paso. Y si te cansas de mí ya vendrá ese concepto social que vosotros habéis creado a decirte que es lícito y humano dejar a la esposa cuando se ha dejado de quererla, y que es perfectamente honrado, porque la vida es la vida — que esto es lo que decís —, tomar otra para no ser infelices y malograr el corazón, y todo eso que una literatura cursi y sentimental ha inventado en favor de las fragilidades y las mu-

danzas. Como ves, es un negocio en el que a mí me tocaría siempre perder y a tí ganar. Un negocio malo. Y como negocio malo hay que terminarlo.

**Víctor.** — ¿Hablas en tu juicio?

**Mercedes.** — En mi entero juicio. Esto se acabó. Estamos a tiempo de enmendar una equivocación.

**Víctor.** — Mas, ¿y el escándalo? ¿No reparas en el escándalo? ¿Una ruptura unas horas antes de la boda?

**Mercedes.** — Ese escándalo ya lo has dado tú haciéndome ver en público que no crees en la virtud propia de mi matrimonio. Pues, séame a mí permitido no creer en público en la seguridad de lo que tú conceptúas el tuyo.

**Víctor.** — Yo lo conceptúo por amor. Con eso me basta.

**Mercedes.** — Y a mí no me basta un amor amor. Yo quiero un amor sacramento que pueda poner freno al mismo amor cuando se descarría. Un amor que no se pueda romper en la vida y que cuando en la vida no se pueda llamar amor pueda llamarse virtud y sacrificio. Un amor que cuando tenga que acudir a sus deberes no piense que puede desplazarlos, sino que no tiene más remedio que acunarse en su nido y hacerlo por eso más blando y más suave. Esto no será tan bonito ni tan alegre como ese amor con derechos que habéis creado, pero es más noble y más digno, porque tiene más deberes que satisfacciones. Si tú no crees en lo eterno, poco puedo yo creer en lo mudable.

**Víctor.** — Poco me quieres entonces.

**Mercedes.** — Mira, acaso tengas razón. Hace un momento le decía a María Teresa que simplemente querer es casi siempre no conocer. Ahora te añado a ti que conociéndote ya casi siento haberte querido...

**Víctor.** — Por una pamplina de curas y frailes.

**Mercedes.** — Para ti es una pamplina y para mí es una tragedia de almas. ¿Qué mayor tragedia que la de dos almas que han de poner un silencio en su intimidad.

Creer y no creer. Esperar y cerrar los ojos a la esperanza. Creer que el amor es santo y afirmar que el amor es una reacción fisiológica. Con estos antagonismos, ¿qué unidad de ideal podrá florecer más tarde en los corazones? ¿No lo comprendes tú? Desengáñate: estamos ya divorciados. Busca para tu complemento otra mujer como tú, otra mujer que cuando se cansé de ti te pueda abandonar, como tú me abandonarías a mí cuando no me pudieras querer.

\* \* \*

Había sido la escena demasiado intensa para que Mercedes no se sintiera rendi-

da y preocupada. Le dolía el corazón, aunque considerara que la operación cruenta de arrancarse el amor era a la manera con que se extirpa un tumor que comprometiera la salud entera.

Abrió la ventana y miró un momento las primeras estrellas. Todo parecía decirle que era verdad el ansia de firmeza y de inmortalidad. Y que con estas alas podía esperar el ideal del amor.

Y entonces se dirigió tranquila a su madre:

—Mamá, felicitame. Acabo de terminar definitivamente con Víctor...

**Antonio Reyes Huertas.**



## Noticias Religiosas

ROMA. — La Asociación Nacional de la Madre y del Niño y el Instituto Nacional del Cinema educacional están haciendo circular cuestionarios entre las madres de Italia con el objeto de imponerse de lo que ellas sepan sobre la clase de películas que están viendo sus hijos y los posibles efectos que les producen. Los cuestionarios piden una información tan detallada y en una forma tan directa que será posible llegar a conclusiones bien definidas como resultado de la campaña.

MANAGUA.—La Hermana María Ho'sem-bein, de la Congregación de las Hijas de Caridad de León, ha celebrado el centésimo aniversario de su nacimiento. Ha pertenecido a la Congregación 80 años, setenta y cuatro de los cuales en América. La Hermana María nació en Lyon, Francia, pero ha pasado la mayor parte de su larga vida en Nicaragua. El día de su centenario recibió un mensaje de paternal felicitación y una especial Bendición Apostólica de parte de Su Santidad el Papa Pío XI.

EUNSAN, (Korea). — El P. Hugo Craig, sacerdote mariista cuya sede es Minneapolis, Minnesota, está ahora a cargo de un extenso distrito de más de cien millas cuadradas de la prefectura de Peng Yan, al noroeste de Korea. Muchos de sus cristianos viven en lejanos villorrios, y se ven obligados a recorrer largas distancias a pie para asistir a los servicios de la iglesia de esta ciudad.

Ultimamente, un cristiano bautizado hace un año anduvo 76 millas para estar presente en la Adoración de las Cuarenta Horas. Este hombre es tan pobre que él y su padre, convertido también hace un año, se ven obliga-

dos a usar el mismo rosario; un rosario hecho por él mismo de madera, y mediante un trabajo artístico y paciente de varias semanas; obra de amor, humilde si se quiere, pero ejemplarizadora y digna de admiración y aplauso, por tratarse de un hombre que tiene que trabajar constantemente para prolongar su pobre vida.

LONDRES. — El segundo carillón en una iglesia católica en Inglaterra — el otro está en una iglesia jesuítita en Lowe House, Sta. Elena — fué consagrado por el Excmo. Thomas Williams, Arzobispo de Birmingham, en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario en Saltley. Tiene veintitrés campanas que tocan dos octavas completas. La más grande pesa una tonelada, y el carillón en conjunto, incluso los soportes, doce toneladas. Las campanas tocarán el Angelus mañana y tarde, y antes de cada hora el himno de Lourdes, Ave.

LYON (Francia). — Su Eminencia el Cardenal Marin, Arzobispo de Lyon, ha entregado al servicio la nueva capilla de San Ireneo, que será usada por los católicos de Rito Esloveno. La capilla lleva el nombre de un antiguo obispo de Lyon. La construcción de esta capilla, que se ha hecho necesaria por el gran número de rusos establecidos en Lyon después de la revolución bolchevista, sólo ha sido posible mediante la cooperación de Mons. d'Herbigny, presidente de la Comisión Pontifical para Rusia.

ROMA, (Basutolandia, Sud Africa). — Los funerales de la Reina de Basutolandia, Verónica Mabereng, esposa del Jefe Supremo, N. Griffith Lerotholi, fueron celebrados con asistencia de un

gran número de nativos y europeos: católicos, protestantes y paganos. La Reina Verónica había sido bautizada católica hacía veinte años, junto con su marido, y fué siempre una católica modelo, que comulgaba todos los domingos, y con frecuencia en los días de la semana. Durante su agonía, el Rey Griffith permaneció de rodillas al lado del lecho recitando las oraciones de los moribundos en idioma Sesuto. Mons. Martin O. M. Y., presidió la ceremonia fúnebre.

VIENA. — Gran sensación ha causado la publicación de las resoluciones tomadas por los Obispos de Austria en su reciente conferencia de Salzburgo. En esta proclama el Episcopado austriaco levanta su voz para "formular exigencias extremadamente urgentes y enfáticas peticiones", a los que tienen la responsabilidad de la vida pública y económica, de que tomen medidas para la supresión de los intereses y precios usurarios que se han extendido por todas partes. Mientras la tasa del interés fijada por el Banco Nacional Austriaco es 6 por ciento, las transacciones generales del comercio se hacen al 10 y 12 por ciento, y los préstamos a un interés que varía del 15 al 20. En no pocos casos se encuentran los caracteres de la usura. Los Obispos señalan las terribles consecuencias de tal estado de cosas, que se siente en todas las ramas de la vida económica.

PRAGA. — La Orden de San Basilio de la Iglesia Uniata - Griego - Católica, que desarrolla sus actividades en la Rutenia sub-carpática, parte oriental de la Checoslovaquia, acaba de publicar en el diario católico rutenio "Blagovestnik", estadísticas que dicen relación con sus trabajos apostólicos y misioneros, esta Orden, con la cooperación de los Redentoristas, ha puesto punto final a la agitación ruso-ortodo-

xa, que venía realizándose en ese territorio. En el período comprendido entre principios de 1924 y octubre de 1932, los PP. Baslios han dado ciento once misiones, con 1758 sermones, 124,416 comuniones, y ciento treinta y dos retiros. El número más alto fué alcanzado en 1929, con treinta y tres misiones, 379 sermones, 17,740 comuniones y diecisiete retiros.

HAMBURGO. — El Dr. Wilhem Cuno, ex-Canciller de Alemania, que murió repentinamente de un ataque al corazón, era uno de los **seis Cancilleres católicos** que han estado a la cabeza del Gobierno alemán durante el régimen republicano. Aunque era católico, Cuno no pertenecía al partido católico del Centro. De hecho él no pertenecía a la política activa cuando fué llamado a la Cancillería. Fué en un período en extremo crítico de la historia de Alemania cuando el Dr. Cuno asumió las responsabilidades de su cargo.

La Alemania había llegado al límite de su capacidad para pagar reparaciones, el marco se depreciaba incesantemente; Francia y Bélgica habían ocupado el Ruhr, y una crisis interna había derribado el Ministerio Wirth.

Uno de los más grandes servicios prestados a su país por el Dr. Cuno fué la reorganización post-guerra, en el hecho, la reconstrucción de la Compañía de Navegación Hamburgo-América. Había llegado a la Gerencia de la Compañía en 1918. El Dr. Cuno había nacido en Suhl, Turingia, el 2 de julio de 1876.

FUKUOKA (Japón). — Las Hermanas del Niño Jesús de Chaufailles han fundado una escuela comercial para niñas en conexión con la escuela superior de Kumamoto. Las Hermanas de San Moro pronto abrirán otra escuela similar en Fukuoka, que abraza tres departamentos civiles y que tiene cuatro millones

de habitantes, no había tenido hasta ahora establecimientos semejantes, ni particulares ni oficiales.

LONDRES. — El reverendísimo Goodier, de la Compañía de Jesús, Arzobispo titular de Hierápolis, advirtió en una reunión de la Sociedad de San Vicente de Paul que había que prepararse para la posibilidad de que el Gobierno fuera incapaz de suministrar a la Sociedad la subvención acostumbrada.

(Esta información nos enseña que en Inglaterra, país protestante, el Gobierno subvenciona a las sociedades católicas de beneficencia).

La Bendición Papal ha sido recibida por Sir John Stuart Knill y por Lady Knill con ocasión de sus bodas de oro. Sir John fué el segundo Lord Mayor católico (Alcalde) de Londres desde la Reforma, habiendo servido el cargo en 1909-1910. Su padre, Sir Stuart Knill, fué el primero, en 1893.

Sir John y Lady Knill fueron casados por el Cardenal Newman, en el Oratorio de Birmingham, y fué el primer matrimonio celebrado ahí. Sir John tiene 76 años.

NEW YORK. — La oficina central de la Sociedad del Santo Nombre ha distribuido 375,000 ejemplares de la famosa obra del Cardenal Gibbons "La fe de nuestros padres". Un buen número de ellos han sido obsequiados.

El "Apollonian", periódico quincenal de las Ligas Federales de Santa Apolonia, en un editorial de una edición reciente, bosqueja el desarrollo de las ligas de dentistas a través de todos los Estados Unidos, y los prospectos para el desarrollo de otras ligas en ciudades en que tales organizaciones todavía no se han formado.

El editorial aprovecha la ocasión para felicitar a la Liga de Boston, que está celebrando su décimo tercio aniversario, y declara que "los dentistas católicos de Nueva York, Cfhicago, Nue-

va Orleans, Buffalo, Washington, Detroit, Springfield y Jamestown, se han organizado ya en federación. "Con una liga federada en Toronto, agrega el periódico, nuestra organización ha salido más allá de las fronteras de los Estados Unidos, y también estamos recibiendo comunicaciones de Europa, Asia y Africa".

PARÍS. — Su Eminencia el Cardenal Verdier ha hecho un viaje especial de París al castillo de Santa Juana de Arco en Beaulieu-les-Fontaines, cerca de Compiègne, para dedicar, en una capilla consagrada a la Santa, magníficos relicarios que contienen los trofeos enviados por los héroes de la guerra mundial o de sus familias en homenaje a la Santa mártir de Rouen.

Encabezan la lista de estos recuerdos la Cruz de la Legión de Honor del Mariscal Foch, la Cruz del General Weygand, y la espada del General Pau.

El éxito del empréstito lanzado por el Cardenal Arzobispo de París para la construcción de nuevas iglesias ha sido completo. Los **veinte millones de francos** pedidos fueron suscritos el primer día, y con exceso.

Al dar las gracias, el Cardenal expresó su gratitud al pueblo de su diócesis, porque lo había capacitado para dar trabajo a los desocupados.

El domingo 19 de abril, el Cardenal bendijo las primeras piedras de dos nuevas iglesias, San José en Clamart y Nuestra Señora de la Paz en Suresnes.

Una rara e impresionante ceremonia tuvo lugar en Tours cuando 233 empleados del ferrocarril París - Orleans se reunieron para asistir a la primera misa de uno de sus antiguos compañeros y asociados, Marcelo Salmon, que había abandonado su empleo en 1924 para entrar al Seminario. El señor Salmon ha sido nombrado vicario de la parroquia en que había vivido cuando era obrero.

Nº 11

OS

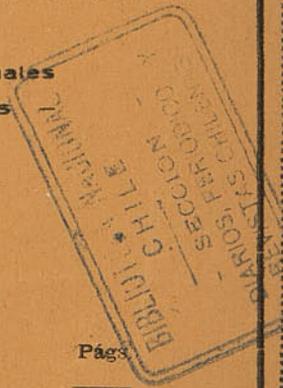
AÑO I

N.º 11

Esta Revista publica las Conferencias mensuales  
— del Centro de Estudios Religiosos

INDICE

	Págs.
EL MILAGRO, por D. Juan E. Concha S. . . . .	1
CRISTIANISMO Y SOCIALISMO, por D. Eliseo Cis- ternas P. . . . .	22
BIRTH-CONTROL O LA LIMITACION DE LA NA- TALIDAD, por D. Alejandro Huneeus Cox, Pres- bítero. . . . .	28
EL PADRE LABURU HABLA A MEDICOS Y FAR- MACEUTICOS . . . . .	33
31 ASAMBLEA DE CATOLICOS ALEMANES. . .	36
¿SERA LA SANTISIMA VIRGEN?... . . . .	37



Suscripción anual \$ 18.— Número suelto \$ 1.60